
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
¡MUERTE A LOS VAMPIROS!
CLARK CARRADOS

«Ogilvy se relajó al meterse en la cama. Al poco rato, dormía profundamente.

De pronto, cuando había pasado un tiempo que no hubiera sabido precisar, se despertó.

Alguien había penetrado en la habitación. Ogilvy se sentó en la cama y entrevió una forma blanca, fantasmal. Un penetrante perfume llegó hasta su pituitaria.

Dos brazos de mórbidos contornos se enlazaron en torno a su cuello. Unos labios ardientes buscaron los suyos. Ogilvy, estupefacto, tardó algunos segundos en reaccionar».



Clark Carrados

¡Muerte a los vampiros!

Bolsilibros: Selección Terror - 130

ePub r1.0

xico_weno 31.08.16

Título original: *¡Muerte a los vampiros!*
Clark Carrados, 1975
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

La tempestad sorprendió a Dick Ogilvy demasiado lejos, no sólo de su casa, sino de cualquier otro lugar donde pudiera refugiarse. Al menos, así lo creía él, cuando empezaron a caer las primeras gotas.

El paseo se había alargado sin que Ogilvy se diera cuenta, sumido en sus pensamientos.

Las primeras gotas se transformaron bien pronto en un denso chaparrón, que oscureció el ambiente antes de la hora. Los truenos y los relámpagos se producían con frecuencia, hasta el punto que Ogilvy llegó a asustarse. Los árboles abundaban en aquellos parajes y no le gustaría hallarse demasiado cerca de vino de ellos cuando cayese el rayo destructor.

De pronto, cuando más desanimado se sentía, vio la casa.

Echó a correr hacia ella, sin fijarse en demasiados detalles, azotado por la lluvia y el viento casi huracanado, empapado ya de agua de pies a cabeza y maldiciendo amargamente la idea que había tenido de salir a dar un paseo.

La casa era grande, de planta y piso, situada en la parte más baja de una hondonada que la ocultaba casi por completo a la vista de los viandantes que utilizaban el no lejano camino. Por eso le había pasado desapercibida a Ogilvy en los primeros momentos.

Era un hombre joven, fuerte, con buenos músculos en las piernas. En pocos segundos se encontró bajo el gran porche de la casa, a cubierto ya de la lluvia. Había luces en algunas de las ventanas.

Súbitamente, se oyeron dentro de la casa unos feroces ladridos. Ogilvy sintió que se le ponían los pelos de punta.

Una voz femenina, de suaves tonos, ordenó callar a los canes.

—Debe de haber alguien en el exterior, seguramente refugiado a causa de la tormenta.

Abra, Robert.

La puerta se abrió y Ogilvy se encontró ante el más insólito espectáculo que se hubiera podido imaginar.

Frente a él, en el centro de un enorme vestíbulo, había una hermosa mujer, de cabellos intensamente negros, peinados de modo que formaban un gran copete en la nuca, y vestida con un traje largo de lo que parecía terciopelo negro, de mangas cerradas, pero con un enorme escote que empezaba en los vértices de los hombros y terminaba a la altura del talle. La piel ere muy blanca y el contraste con los labios, de un rojo intenso, resultaba atractivamente perturbador.

Lo más curioso de todo era que la mujer sostenía las traíllas de dos enormes doberman-pinscher, negros como la noche y con unos dientes capaces de decapitar a una persona de un solo bocado. Los perros parecían sentirse un tanto nerviosos, lo que, en buena parte, calculó Ogilvy, tenía como causa la tempestad que parecía en su apogeo.

El criado era de bastante edad y vestía correctamente. Todo ello lo apreció Ogilvy de una sola ojeada, en poco más de un segundo. En seguida dijo:

—Señora, le ruego me disculpe. La tormenta me sorprendió al aire libre y…

—No es necesario que se excuse, caballero —dijo la mujer, con voz cristalina—. Robert, llévese a los perros, por favor.

—Sí, señora condesa —respondió el criado.

Los canes gruñeron, pero ella les acarició las cabezotas con las manos, haciéndoles callar. El criado y los perros desaparecieron por una puerta lateral.

—Venga conmigo, por favor —invitó ella—. Lamento no tener ropas adecuadas para que pueda cambiarse, pero la chimenea está encendida en el salón y podrá secarse.

—Es usted muy amable, condesa —dijo Ogilvy, tras haber cruzado el umbral—. Le ruego me permita presentarme: Richard Ogilvy, aunque la gente que me conoce suele usar el diminutivo del nombre: Dick.

—Soy Leonora Hórpathy —dijo la mujer—. Encantada, señor Ogilvy.

El apellido parecía húngaro, observó el huésped, aunque se

abstuvo de manifestar curiosidad. Leonora pasó a un gran salón, en donde se veía una chimenea encendida.

—Acérquese al fuego —indicó ella—. Además del calor exterior, supongo que agradecerá el que le proporcione interiormente una copa de buen *brandy*.

—Condesa, no sé cómo agradecerle…

Leonora vino hacia él, con la sonrisa en los labios y una copa en la mano.

—No tiene que agradecerme nada —dijo—. El tiempo es infernal y yo me siento muy complacida de proporcionarle albergue. Lo peor de todo es que la lluvia parece va a durar y no podrá regresar a su casa.

—Nadie me espera, condesa; estoy pasando solo unas cortas vacaciones y sólo se preocuparían por mí si faltase varios días.

Las ropas de Ogilvy empezaban a despedir vapor, lo que le hacía sentirse un tanto ridículo. Leonora se sentó en un gran sillón, de madera artísticamente tallada, cruzó las piernas y apoyó el mentón en una mano.

—El tiempo no es el más indicado para unas vacaciones, señor Ogilvy —manifestó.

—Yo he tenido que tomármelas un poco a la fuerza —sonrió él —. En los últimos tiempos he trabajado con cierta intensidad y, aunque no me lo aconsejó el médico, sentía la necesidad de una semana de absoluto descanso.

La lluvia seguía cayendo con fuerza y batía casi estridentemente los vidrios de las ventanas. Ogilvy se sentía turbado cada vez que miraba a aquella hermosa mujer, cuya edad no alcanzaba a descifrar. Ciertamente, Leonora no era ya una jovencita, pero poseía la silueta da una adolescente.

Aparentaba más de treinta años, incluso podía tener cuarenta, pero la piel de su cara y del escote poseía una tersura excepcional, que no se podía achacar precisamente al maquillaje. Como fuese, Leonora resultaba ser una mujer de excepcional hermosura.

—No será usted escritor o algo por el estilo —dijo ella.

—Oh, señora, mi oficio es mucho más prosaico —sonrió el huésped—. Soy experto contable y, en las últimas semanas, tuve que inspeccionar, por encargo del gobierno, los libros de una gran sociedad cuya marcha financiera no era demasiado boyante. Se

trataba, simplemente, de saber si el posible fracaso se debía digamos a las circunstancias económicas actuales o a la mala gestión de sus directivos. Hice el trabajo, emití el informe correspondiente, pasé la minuta de honorarios… y me vine a descansar a Cawton Place, el pueblo que está a diez kilómetros de esta casa, más o menos.

—He pasado algunas veces por Cawton Place —declaró Leonora —. De modo que experto contable —dijo—. Yo también tengo algunos libros de cuentas, que me gustaría fueran repasados por alguien a quien se pudiera considerar neutral. Pero no me agradaría interrumpir sus vacaciones.

—Mi trabajo es independiente —dijo Ogilvy—. Quiero decir que no estoy sujeto a una empresa, como sucede con otros colegas. Si usted me permite terminar mis vacaciones, examinaré sus libros con mucho gusto.

—No tengo inconveniente alguno; a fin de cuentas, lo que ha esperado algunos meses, puede esperar todavía unos días más. ¿Quiere más coñac, señor Ogilvy?

El joven hizo un gesto de aceptación. Ella se puso en pie y tomó la copa para acercarse al aparador de los licores. Ogilvy captó el perturbador aroma que se desprendía de aquel cuerpo escultórico. ¿Qué hacía una mujer tan hermosa, sola, con un criado y dos perros, en una casa aislada en pleno campo?

De pronto, Ogilvy, cuyas ropas empezaban ya a secarse, reparó en una hermosa estatua situada en el ángulo opuesto del salón, sobre un pedestal de algo más de medio metro de altura. Era un desnudo femenino, de estilo absolutamente clásico, labrado en lo que parecía puro mármol de Carrara.

La curiosidad venció a Ogilvy y se acercó a la estatua, fascinado por la hermosura de aquella obra de arte. La mujer allí representada sostenía en la mano derecha una copa de traza antigua, en alto, como si brindase. En la izquierda tenía una flor, todavía en capullo.

Pero lo más asombroso de todo no era la delicada traza de la escultura, sino el rostro, que le resultó conocido.

—¿Le gusta? —Sonó la voz de Leonora detrás de él.

—Es una obra de arte maravillosa…

—Gracias, señor Ogilvy.

El joven se volvió hacia Leonora.

—Es usted —dijo, pasmado.

—Tuve el honor de servir de modelo a un maravilloso escultor, Dino Castellani. Dino tenía manos de ángel, señor Ogilvy.

—No lo dudo en absoluto. Fidias y Praxiteles se sentirían discípulos del tal Castellani.

Leonora rió argentinamente.

—Veo que los números no son incompatibles con el arte —dijo —. ¿Se siente ya mejor?

—Sí, señora…

El ruido de un automóvil que llegaba a la casa sonó en aquel momento. Leonora se acercó a una de las ventanas y miró unos instantes a través de los cristales empañados por la lluvia.

El criado apareció a los pocos momentos.

—Señora condesa, el doctor Bezthan acaba de llegar —anunció.

—Le veré más tarde, después de la cena —contestó Leonora con un acento cuya frialdad no escapó al huésped.

El criado hizo una inclinación y salió. Leonora y Ogilvy quedaron nuevamente a solas.

—El doctor Bezthan es mi médico particular y se preocupa en exceso por mi salud —explicó ella con encantadora sonrisa—. Cenará usted conmigo, supongo, señor Ogilvy.

—Será un honor y un placer, condesa.

Ella le tendió una mano, fina, de dedos muy largos, rematados en uñas de color rojo oscuro.

—Nos veremos después. Mientras tanto, considérese como en su casa —se despidió.

* * *

Dick Ogilvy tuvo que quedarse en la casa, cuyo nombre, había averiguado, era el de Elmbury House. Robert, el criado impasible, le acompañó a su habitación. Ogilvy fumó un par de cigarrillos y luego se metió en la cama.

Después de cenar, había visto al doctor Bezthan, un hombre de mediana estatura, con unos anticuados lentes de pinza, sujetos a su bulbosa nariz por unas pinzas de oro. Sin saber por qué, el tipo se le hizo antipático desde el primer momento.

La cena había resultado deliciosa. Leonora se había cambiado de vestido y se puso uno de color rojo, no menos escotado que el

primero. Después de cenar, tomaron café y licor en la sala y, al cabo de un rato, ella anunció que se retiraba a descansar.

Ogilvy se relajó al meterse en la cama. Al poco rato, dormía profundamente.

De pronto, cuando había pasado un tiempo que no hubiera sabido precisar, se despertó.

Alguien había penetrado en la habitación. Ogilvy se sentó en la cama y entrevió una forma blanca, fantasmal. Un penetrante perfume llegó hasta su pituitaria.

Dos brazos de mórbidos contornos se enlazaron en torno a su cuello. Unos labios ardientes buscaron los suyos. Ogilvy, estupefacto, tardó algunos segundos en reaccionar.

Abrazó a la mujer y notó la calidez de su cuerpo a través de los sutiles velos que lo cubrían. De pronto, se sintió envuelto en un ardiente vértigo y todo cuanto le rodeaba dejó de existir para él.

Transcurrió un largo rato. Ogilvy sentíase flotar como entre nubes. ¿Qué había sucedido en realidad? ¿Lo había soñado o era cierto que había tenido a Leonora en sus brazos?

De repente, los perros ladraron furiosamente. Ogilvy, sobresaltado, se sentó en la cama. Los ladridos de los perros aumentaron de volumen, hasta un *crescendo* insoportable. De pronto, cesaron, tan bruscamente como habían empezado.

Ogilvy era amante de los animales, pero hasta cierto punto. Él no hubiera tenido en su casa dos perros de aquella especie. Los doberman-pinscher podían ser muy hermosos, pero también eran unas fieras. Claro que eran los guardianes ideales de una casa donde sólo vivían una hermosa mujer y su criado.

De súbito, un horrible alarido hendió la noche.

Era un grito espantoso, que no se parecía a ninguno de los que Ogilvy había oído en su vida. El tono de aquel alarido le hizo sentir escalofríos, no sólo por lo que podía significar, sino porque procedía de la garganta de la hermosa Leonora.

Aunque se sentía muy asustado, echó a un lado las ropas de la cama y empezó a vestirse presurosamente. A Leonora le ocurría algo. Creía su deber ayudarla.

Salió corriendo de la habitación. De pronto, se topó con el doctor Bezthan, a quien vio lívido, desencajado, con el pecho lleno de manchas de sangre.

—He tenido que hacerlo, he tenido que hacerlo… —decía el galeno una y otra vez—. No era una mujer, sino un ángel infernal.

El doctor Bezthan había salido de una habitación próxima, cuya puerta estaba aún abierta. Aunque lleno de temor, Ogilvy supo reunir las fuerzas suficientes para avanzar hacia aquella estancia y mirar en su interior.

Detrás de él, Bezthan dijo:

—Era preciso hacerlo, había que impedir que se propagase su maldita estirpe…

Ogilvy se mareó a la vista del horrible espectáculo que tenía ante sí. Leonora estaba tendida en su lecho, semidesnuda, con una enorme estaca de madera clavada en el centro del pecho, entre los senos. Había sangre por todas partes y en el suelo, junto a la cama, yacía un gran mazo de madera, herramienta que había servido para hincar la estaca de madera en la blanca y perfumada carne de Leonora, ahora manchada de rojo en gran parte.

—Había que hacerlo, había que hacerlo —repetía Bezthan obsesivamente.

El médico estaba en el corredor, junto al arranque de la escalera. Desde el vestíbulo, Robert, el criado, lanzó un apóstrofe revelador:

—¡Asesino!

CAPÍTULO II

Tres años más tarde, un día en que Ogilvy tenía en estudio una propuesta sobre examen de la contabilidad de una gran empresa, leyó en los diarios una noticia que le preocupó considerablemente.

Janos Bezthan, el hombre que había dado muerte a la condesa Leonora Hórpathy, por considerarla un vampiro que se alimentaba de sangre humana, se había escapado del manicomio en el que había sido recluido a perpetuidad, después de que la justicia estimase que, en cierto modo, no era responsable del delito cometido.

Aquella misma noche, Ogilvy tenía concertada una cita con Mildred Parsons. Tratábase de una encantadora joven, que había terminado su doctorado pocos meses antes y a la que pretendía formular una propuesta de asociación, aunque no matrimonial.

Ogilvy y Mildred cenaron juntos en un elegante restaurante. Mildred era una joven rubia, esbelta, de mediana estatura y de trato muy agradable por la simpatía que irradiaba. A Ogilvy, en ocasiones, se le hacía difícil comprender cómo era posible que a una mujer de la clase de Mildred le agradasen tanto las matemáticas.

—Es así y no debemos darle más vueltas —contestó ella, cuando Ogilvy se lo dijo por enésima vez—. Tengo facilidad para los números, como tú… y de la misma forma que otros tienen facilidad para los lápices, los pinceles o el cincel del escultor…

Ogilvy se puso repentinamente serio y Mildred lo notó en el acto.

—¿Qué te ocurre? —inquirió.

—Nada, de pronto me he acordado de una estatua que vi hace poco más de tres años.

Era una obra de arte maravillosa y me pregunto si estará aún en Elmbury House.

—¡Elmbury…! Es la mansión donde se cometió un crimen atroz, creo recordar —exclamó Mildred—. Tú fuiste uno de los dos testigos principales.

—Sí —convino él pesaroso—. Nunca he acabado de comprender por qué el doctor Bezthan asesinó a la condesa Leonora de forma tan salvaje. A veces sueño todavía con el horrible espectáculo que presencié aquella madrugada en Elmbury House.

Mildred le miró con simpatía.

—Debió de ser algo horrible, en efecto —dijo—. Pero lo peor de todo es que el asesino se ha escapado del manicomio donde fue encerrado a perpetuidad.

—Ya lo atraparán. Es un hombre de un aspecto físico inconfundible y no podrá ir muy lejos. Pero, Mildred, ¿por qué no hablamos de lo nuestro?

Ella pareció vacilar.

—¿Tienes otros proyectos? —preguntó Ogilvy.

—No, y he de reconocer que la propuesta que me has formulado es muy atractiva. Sé que te has labrado una reputación y estás bien considerado en todas partes. Pero…

—¿Acaso prefieres encerrarte en una oficina, con un horario fijo y un trabajo que ya conocerás desde la víspera, todos los días?

—Y el que tú me ofreces, ¿no será también un trabajo rutinario?

—Pero menos que el de una oficina. Además, de cuando en cuando, podrás viajar. En ocasiones, me llaman desde puntos muy distantes; los libros de contabilidad no deben salir de la oficina donde se guardan, ¿comprendes?

Mildred pareció reflexionar un momento.

—Dame veinticuatro horas de tiempo. Mejor dicho, lo consultaré esta noche con la almohada —dijo al cabo. Sonrió atractivamente y añadió—: Si mañana me ves asomar por tu oficina, es que he aceptado tu proposición. Ogilvy sonrió también.

—Constituiremos la razón social

Ogilvy & Parsons

y tendremos que seleccionar a los clientes, porque no daremos abasto a tanto trabajo —aseguró.

* * *

Ogilvy tenía una secretaria, quien realizaba el trabajo de rutina,

a la vez que se encargaba de recibir a los visitantes y tomar las llamadas telefónicas. Al día siguiente, la secretaria le informó que una joven quería verle.

—Será la señorita Parsons —dijo él, muy contento.

—Lo siento, no ha dado su nombre. Dice que sólo lo dirá en presencia de usted, señor Ogilvy.

El joven se quedó un tanto desconcertado. Al fin, accedió y dijo a la secretaria que recibiría a la desconocida.

La puerta del despacho se abrió instantes después, Ogilvy se puso en pie, con la sonrisa en los labios, pero dejó de sonreír en el acto, para lanzar un agudo grito:

—¡Leonora!

La bella visitante sonrió de un modo peculiar.

—¿Verdad que me parezco a mi madre, señor Ogilvy? —dijo.

Ogilvy estaba atónito.

—Usted… la hija de la condesa… El parecido es increíble… —tartamudeó—. ¡Pero ella era muy joven! —exclamó de repente.

—Si no le importa —dijo la visitante—, tomaré asiento y le explicaré algunas cosas que usted desconoce todavía.

—Oh, perdóneme, señorita… Me siento tan confundido… —Ogilvy abandonó el parapeto de su mesa de despacho y se acercó a la joven para ofrecerle un sillón—. No sé qué decir… ¿Algo de beber? ¿Un cigarrillo?

—No, gracias. Le extraña mi visita, ¿no es cierto?

—Era algo que jamás hubiera sospechado siquiera, señorita…

—Liliana es mi nombre —declaró ella—. Llámeme así, por favor.

—Está bien, Liliana. ¿En qué puedo servirla?

—Sé que usted, aunque de modo muy fugaz, trabó amistad con mi madre. He traído en un maletín, que está afuera, en el antedespacho, sus libros de contabilidad. Quiero que los repase y me informe de las posibles irregularidades que puedan haberse producido en estos años. Por supuesto, mediante los honorarios adecuados.

—Su madre me habló algo acerca de esos libros, en la única vez que estuve con ella —dijo Ogilvy—. Pero sí ahora estuviese aquí, junto a usted, diría que estaba viendo a dos hermanas gemelas.

Liliana rió suavemente.

—Es usted un poco exagerado, aunque ciertamente, todos dicen

que nos parecemos bastante —contestó.

—Pero ella era… ¡tan joven!

—Cuando murió, tenía treinta y seis años. Se había casado a los dieciocho. Un año después, nací yo y al siguiente, murió mi padre. Ella no quiso casarse de nuevo.

—Empiezo a comprender —dijo el joven.

—Por tanto, ella, si viviera, tendría ahora treinta y nueve años. Yo tengo veinte, señor Ogilvy.

—Eso aclara muchos puntos —sonrió él. De pronto, se sintió alarmado—. Liliana, ¿conocía usted al doctor Bezthan?

—Sí, claro…

—Ha escapado del manicomio donde fue recluido a perpetuidad.

—Lo sé, pero él no me preocupa tanto como el hombre que inculcó en su mente la idea de que mi madre era un vampiro —contestó Liliana sorprendentemente.

—¿Cómo? ¿Hay otro hombre? —preguntó él, lleno de asombro.

—Sí, un tal Renato Fizzi, un antiguo pretendiente desdeñado… Yo le conocí hace algunos años, cuando apenas contaba catorce. Mi madre, no es necesario que se lo diga, fue una mujer hermosísima…

Ogilvy entrecerró los ojos unos instantes, mientras trataba de evocar la trágica noche pasada en Elmbury House. Lo que había ocurrido en su habitación, ¿fue realidad, deliciosamente inolvidable, o sólo un sueño?

Liliana continuaba hablando:

—Fizzi era un sujeto de una potencia mental tremenda, pero, curiosamente, no logró influir en mi madre, de quien sé rechazó constantemente todas sus iniciativas. Mi madre no fue un vampiro, como el doctor Bezthan intentó hacer creer a todo el mundo; sólo fue una mujer que tuvo la desgracia dé conocer a un sujeto desaprensivo, quien se vengó de una forma horrible, y no sólo asesinándola por medio de otra persona, sino llevando al convencimiento de los demás que el doctor Bezthan había querido hacer un acto de justicia al dar muerte a un vampiro. Con lo cual, uno y otro eludieron el castigo adecuado.

—Una venganza verdaderamente repulsiva —calificó Ogilvy—. Pero ¿cómo supo usted que yo había conocido a su madre?

—Me lo dijo Robert, el criado. Todavía continúa en Elmbury House.

—Oh, comprendo.

—Robert cuida de la posesión, pero, sin ánimo de ofenderle, es una calamidad con los libros de cuentas. El administrador es un tal Egbert Dyles, quien reside en Cawton Place, y del que sospecho cosas no demasiado buenas. Por eso quiero que examine usted los libros de cuentas.

—Lo haré con muchísimo gusto, señorita —dijo Ogilvy—. Pero, me imagino, el tal Dyles no habrá entregado los libros a gusto.

Liliana sonrió maliciosamente.

—No los quería entregar de ninguna forma, así que no me quedó otro recurso que convertirme en una ladrona —explicó.

—Asaltó su oficina.

—Cuando dormía, claro. No sé, a veces pienso que se trata de una sensación subjetiva, pero creo que Dyles estaba de acuerdo con Fizzi.

—Entonces, quizá el crimen tuvo unos móviles menos románticos que los que se trató de dar a entender al público.

—Es que todavía hay más, las joyas de la familia Hórpathy.

—Ah, unas joyas…

—Cuyo valor es incalculable, no sólo intrínsecamente, sino en el aspecto artístico. Mi abuelo, es decir, el padre del esposo de mi madre, consiguió sacarlas de Hungría antes de que se iniciara la segunda guerra. Sé que están en Elmbury House, pero nadie ha podido verlas jamás. Y si mi madre conocía el escondite, no lo reveló a nadie ni siquiera a mí.

—Creo que voy comprendiendo. Pero, dígame, Liliana, ¿por qué no ha dado cuenta a la Policía…?

—¿Qué pruebas podría aportar? —respondió ella—. En todo caso y por ahora, mi interés primordial se centra en la revisión de los libros de cuentas.

—Déjelo de mí mano, Liliana. Cuando haya terminado, la avisaré, sí usted me indica su domicilio…

—Estaré en Elmbury House —manifestó la chica, a la vez que se ponía en pie—. Venga a visitarme siempre que guste.

Ogilvy tomó la mano que le ofrecía Liliana y sonrió.

—Sí, iré a verla —prometió.

* * *

Mildred entró en el despacho, segundos después de que la chica se hubiera marchado.

—Despierta, Dick —exclamó jovialmente—. La beldad se ha ido ya.

Ogilvy miró a la nueva visitante.

—Es sombroso —dijo.

—¿Qué encuentras asombroso, Dick?

—Liliana —contestó él—. Cuando la vi por primera vez, pensé que su madre no había muerto.

—¿Su madre? —repitió Mildred, extrañada—. ¿Quién era?

—Leonora Hórpathy, la mujer que murió con el pecho atravesado por una estaca de madera, de la misma forma que, según la leyenda, deben morir los vampiros.

Mildred se sentó de golpe en el sillón, olvidada por completo del asunto que la había llevado a aquella oficina.

—¡Cielos! Vi una vez un retrato de la difunta y su hija se le parece extraordinariamente —exclamó.

—Cuando entró por esa puerta, yo creí que Leonora había resucitado —contestó él—. Nunca, salvo en caso de hermanos gemelos, había visto semejanza tan grande entre dos personas.

—Sí, es verdad. ¿Y qué quería de ti esa hermosa muchacha?

—Ha traído unos libros de contabilidad que pertenecieron a su madre. Sospecha que el actual administrador de Elmbury House le es infiel.

—Ya entiendo. ¿Has aceptado el encargo?

—Por supuesto, sobre todo, si se piensa que su madre ya me insinuó algo la única noche en que estuve allí. —Ogilvy miró sonriendo a la joven—. Bien, ¿cuál es tu respuesta a la proposición que te hice anoche?

Mildred sonrió también.

—¡Vamos a examinar los libros de la condesa! —exclamó.

Ogilvy se levantó y salió al antedespacho, para regresar instantes más tarde con un pesado portafolios que depositó sobre la mesa. Al abrirlo, una fotografía de gran tamaño apareció ante los ojos de la pareja.

Mildred lanzó una exclamación de asombro. Ogilvy tomó la fotografía y dijo:

—Ésta es la estatua que hizo Castellani. Leonora fue su modelo.

Mildred silbó, admirada.

—Nunca había visto cosa igual —dijo—. La condesa debió de ser hermosísima. Pero, posar así ante un escultor…

—¿Lo harías tú? —preguntó Ogilvy maliciosamente.

Mildred se puso encarnada.

—¡Sátiro! —le apostrofó—. Además, para estas cosas se necesita dinero y yo no lo tengo. Porque no se trata solamente de los honorarios del artista, sino de disponer del ambiente adecuado para que la estatua luzca como es debido.

—Sí, en eso tienes razón —convino el joven. De pronto, se sintió muy pensativo—. Me pregunto por qué habrá incluido Liliana esta fotografía entre Tos libros de contabilidad.

—Tal vez la puso en el maletín y luego se olvidó de llevársela.

—Es probable. De todos modos, se la devolveré cuando vuelva a Elmbury House. ¿Querrás acompañarme, Mildred?

Ella se arrellanó en el asiento y cruzó las piernas.

—Sospecho que nos encontramos frente a un asunto fascinador —dijo—. ¿Por qué no me hablas más extensamente de la condesa Leonora y de su hija Liliana?

—Con mucho gusto —accedió Ogilvy sonriendo, a la vez que sacaba cigarrillos.

CAPÍTULO III

Una semana más tarde, Ogilvy y Mildred llegaron a una conclusión.

—Dyles es un estafador —dijo el primero.

—Añade el calificativo de sinvergüenza —sonrió Mildred—. ¡Nunca he visto una cara tan dura como la de ese sujeto, te lo aseguro! ¿Qué piensas ahora, denunciarlo a la policía?

—Me gustaría antes consultar con la interesada, A fin de cuentas, es Liliana quien debe tomar la decisión.

—Muy bien. ¿Cuándo salimos para Elmbury House?

—Mañana, a primera hora. Entretanto, te invito a cenar.

—Acepto encantada, Dick.

Al salir de la oficina, Ogilvy compró un diario. En primera página, con gruesos titulares, se publicaba la noticia de un crimen espeluznante.

La víctima, una hermosa mujer de unos treinta años, llamada Nellie McCann, había aparecido en su dormitorio, con una estaca de madera clavada en el centro del pecho.

Nellie tenía un perro de guarda, pero el can había aparecido muerto, envenenado.

—Lo mismo sucedió en Elmbury House —exclamó Ogilvy, después de leer la noticia.

—Ahí también murieron los perros, ¿verdad?

Ogilvy asintió. Aún tenía en los oídos la memoria de los feroces ladridos de los dos doberman-pinscher, ladridos que habían cesado súbitamente, cuando alguien les arrojó unos pedazos de carne envenenada. En casa de la señora McCann, viuda, alguien había matado a su perro y luego le había atravesado a ella el pecho con una estaca muy afilada.

Ogilvy reparó en un detalle durante la cena. El lugar del crimen, aunque relativamente alejado de Cawton Place, estaba casi en la

rata que debían seguir al otro día para dirigirse a Elmbury House.

—Voy a hacerte una proposición, Mildred —dijo Ogilvy.

—Soy toda oídos, Dick.

—Antes de ir a Elmbury House, nos desviaremos a Bylington. Quiero hablar con algunas de las personas que conocieron a Nellie McCann. Este crimen es análogo al que se cometió hace tres años en Elmbury House.

—Y el doctor Bezthan anda suelto por ahí —se estremeció Mildred.

—Exactamente lo mismo pienso yo. Claro que también puede ser obra de algún maniático que leyó las informaciones referentes a la muerte de Leonora y ha aprovechado la ocasión para cargarle el crimen a Bezthan.

—Pudiera ser —murmuró ella—. Dick, este asunto me fascina más a cada día que pasa.

Empiezo a pensar si no habré equivocado la profesión.

—No irás a decirme ahora que te habría gustado ser detective —rió el joven.

—No, era una broma tan sólo; pero me siento terriblemente intrigada. Dick, he leído algo Sobre vampiros y sé que todo son leyendas y que, en los casos en que realmente alguien ha sorbido la sangre a otra persona, se trataba, simplemente, de un desequilibrado. Sí, tenemos que ir a Bylington y averiguar todo lo que podamos acerca de este crimen.

* * *

El sargento Fowliss era el jefe de la reducida fuerza policial de Bylington y se mostraba verdaderamente consternado por lo ocurrido.

—Sí, la señora McCann vivía sola, aunque se sentía segura con su perro de guarda —dijo, después de conocer los propósitos de sus visitantes—. Y nosotros nos sentíamos también seguros, puesto que confiábamos en el can. Además, ella no tenía enemigos…

—¿Quién descubrió el cadáver, sargento? —preguntó Ogilvy.

—Pues… a decir verdad, yo —respondió el interpelado—. Un vecino de la señora McCann me avisó de que veía al perro quieto, al pie de su caseta, demasiado quieto, indicó en su llamada. Ese testigo había visto al animal inmóvil a primera hora de la mañana,

pero entonces no le dio importancia. Luego, cuando una hora más tarde, vio que el can seguía en la misma postura, se alarmó y entonces fue cuando me avisó. Yo fui a la casa y…

Fowliss sacó un enorme pañuelo de cuadros rojos y azules, cuya sola visión causó un estremecimiento a Mildred, y se limpió la cara sudorosa.

—Prefiero no recordar lo que vi —continuó—. Era tan horrible.

—¿Conocía usted bien a la señora McCann? —preguntó Ogilvy.

—Bastante bien, señor. Llevaba en Bylington más de cuatro años y hacía cinco que había enviudado, según declaró. Era una mujer muy hermosa, simpática y verdaderamente gentil…

El vecino que había visto el perro muerto, discrepaba bastante de la opinión de Fowliss.

—No digo que Nellie no fuese una mujer guapa, simpática y hasta gentil —manifestó, después de las primeras preguntas que le formularon los forasteros—. Pero también tenía sus cosas, créanme.

—¿Por ejemplo…?

—Bueno, nunca es grato hablar mal de una persona muerta, aunque si se dice la verdad, tampoco se ofende a nadie —declaró el locuaz testigo, cuyo nombre era el de George Mallinson—. Era una excelente persona…, pero con sus cosas.

—¿Qué cosas, señor Mallinson? —preguntó Mildred.

—Bueno, reuniones…

—¿Con algún hombre?

Mallinson soltó una risita.

—Eso es lo curioso, nunca vi a un hombre en casa de la difunta señora McCann.

Siempre venían mujeres y estaban riendo y gritando como locas hasta las tantas de la madrugada. Para mí, que se emborrachaban como cubas. Es más, ella, incluso, dormía al perro con sedantes, para que no las molestase. Cortinas cerradas, nada de luz al exterior, pero dentro…

—A veces, algunas amigas se reúnen sin hombres para celebrar alguna fiesta de cumpleaños —dijo Mildred, un tanto enojada por el tonillo ofensivo que empleaba el sujeto.

—Sí, claro, pero no varias veces al año. Por supuesto, esas fiestas no nos molestaban, no trascendían apenas al exterior. A veces sospecho, si no se dedicarían al culto de alguna deidad infernal.

Una de las veces en que se celebró la fiesta, al día siguiente, ella abrió las ventanas de par en par. El olor del incienso llegó claramente hasta mi casa. Y la señora McCann estaba muy pálida y ojerosa, créanme.

—¿Y sus amigas?

—Se habían ido ya, cada una en su coche, a eso de las cuatro de la mañana.

—De modo que la señora McCann sólo recibía a mujeres.

—A veces, también la venía a visitar un hombre. Era un tipo alto, bien plantado, arrogante, muy moreno… de esa clase de hombres a los que les gusta tostarse continuamente, en su casa con una lámpara o en la playa… La verdad, a Nellie parecía encantarle las visitas de ese hombre.

—¿Venía con frecuencia, señor Mallinson? —preguntó Ogilvy.

El testigo hizo una mueca.

—Tres o cuatro veces al año, aproximadamente. Llegaba al atardecer y se iba siempre a la mañana siguiente.

Mildred contempló unos momentos al hombre, un retirado civil, indudablemente, dedujo por su aspecto.

—Usted no tenía nada mejor que hacer que espiar a su vecina, ¿verdad?

Mallinson se sonrojó vivamente.

—Señorita…

—Vámonos —dijo ella bruscamente.

Ogilvy siguió a la muchacha.

—¿Por qué te has enfadado? —preguntó, intrigado.

—Ese tipo es repulsivo. No espiaba a Nellie por lo que hacía, sino porque era muy guapa. Seguro que, por la noche, enfocaba unos prismáticos a su dormitorio.

—Ah, comprendo. Sí, hay tipos como Mallinson, pero lo que nos ha dicho puede resultar interesante, Mildred. Y todavía puede resultar más interesante lo que veamos esta tarde en el funeral.

Mildred se volvió hacia el joven.

—¿Cómo? ¿Es que piensas asistir al entierro?

—Sí. A Liliana Hórpathy no le importará demasiado que lleguemos a su casa con un día de retraso, sobre todo, cuando no la hemos avisado de nuestra llegada. Y yo quiero ver a todos los asistentes al entierro.

Ella se quedó muy pensativa.

—Dicen que el criminal, muchas veces, siente la irreprimible tentación de volver al lugar del crimen —murmuró.

—Por tanto, si el criminal ha sido el doctor Bezthan, es muy probable que lo veamos en el cementerio de Bylington —dijo Ogilvy.

* * *

Las personas asistentes al entierro fueron más bien escasas. Aparte del sargento Fowliss y del señor y la señora Mallinson, pocos más fueron los que se desplazaron al cementerio para estar presentes en la fúnebre ceremonia.

Ogilvy se sintió decepcionado al no ver a ningún hombre más o menos parecido al doctor Bezthan, ni tampoco al alto y elegante deportista que había visitado a la difunta cuatro veces al año. En cambio sí vio a una mujer joven que lloraba desconsoladamente.

El pastor recitó las preces y el féretro fue bajado a la tumba. Los presentes lanzaron sus puñados de tierra, después de lo cual, el sepulturero inició su macabra labor. Los asistentes empezaron a marcharse.

La mujer que tanto había llorado se dirigió hacia la salida del cementerio. Ogilvy la alcanzó en cuatro saltos.

—Señora…

Ella se volvió. Era una mujer de unos treinta y dos años, guapa, muy morena y algo metida en carnes. Ya había dejado de llorar, pero en sus ojos se veían todavía algunas lágrimas a medio secar.

—Sí, dígame.

—Me llamo Dick Ogilvy. —Mildred se les había reunido mientras tanto y el joven hizo las presentaciones—. Nos hemos enterado de lo ocurrido a la pobre señora McCann y decidimos asistir a su entierro. ¿Era pariente de usted, señora?

La mujer negó con la cabeza.

—No, sólo una amiga muy íntima —contestó—. Yo soy Mavis Bardlane y me quedé anonadada al leer la noticia de la muerte de Nellie. Dada la amistad que existía entre ambas, consideré conveniente asistir a su entierro. ¡Pobre Nellie, asesinada tan horriblemente…!

—Señora, a nosotros nos gustaría charlar mucho con usted. Si no

tiene prisa, podríamos tomar una taza de té en un parador cercano que he visto al llegar al cementerio.

—Tengo mi coche…

—Acompáñala, Mildred, por favor; yo las seguiré a ustedes en el mío.

Las dos mujeres subieron al coche. Minutos más tarde, Ogilvy, Mildred y Mavis estaban sentados ante una mesa.

Una camarera les sirvió el té. Mientras lo tomaban, Ogilvy preguntó a Mavis por los motivos de las reuniones que celebraban con cierta frecuencia en casa de la difunta.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Mavis, asombrada.

—Nos lo ha dicho un testigo presencial —sonrió Ogilvy—. Claro que no vio lo que hacían dentro de la casa, pero ese testigo asegura que se reunían cinco o seis mujeres…

—Es cierto, pero los motivos de tales reuniones son perfectamente explicables. Las siete fuimos juntas al colegio y, al salir, acordamos celebrar los cumpleaños en casa de Nellie.

—Por tanto, eran siete cumpleaños los que celebraban anualmente.

—Exacto. Nos divertíamos, contábamos chistes, bailábamos… lo mismo que hacíamos en el colegio.

Ogilvy pensó que era una historia más bien rara. ¿Cómo no celebraban aquellas mujeres los cumpleaños en sus casas respectivas? Alguna tendría marido e hijos… o unos padres o unos hermanos que las agasajasen.

—¿Es usted soltera, señora Bardlane? —preguntó.

—Viuda —contestó ella.

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos cinco años. Pero ¿qué tiene esto que ver…?

—Por favor, dígame, ¿dónde vive usted?

Mavis dio la respuesta. Y añadió:

—Vivo sola; no he querido casarme de nuevo, después de enviudar. Pero si sospechan algo…

—Señora, no sospechamos nada: solamente tratamos de esclarecer algunos puntos que nos parecen confusos en este suceso. Por ejemplo, ¿conoce usted al doctor Bezthan?

—No, nunca le he visto ni sé quién es.

—Nellie McCann recibía la visita de un hombre alto, de rostro

tostado, como si viviese al aire libre casi continuamente o practicara los deportes con gran asiduidad. ¿Conoce usted a ese hombre?

—No, y me extraña mucho que Nellie recibiese visitas masculinas. Detestaba a los hombres, después de un matrimonio fracasado. —Mavis recogió su bolso y se puso en pie—. Dispensen, pero he de volverme a casa.

La señora Bardlane se marchó. Ogilvy y Mildred quedaron solos.

—Todo esto es muy raro —dijo él—. Tengo la impresión de que Mavis nos ha mentido.

—¿Crees que conoce al supuesto amante de Nellie?

—No diría yo que no, pero… ¿por qué siete mujeres tenían que reunirse todos los años en la casa de una de ellas, concretamente en la de Nellie?

—Sí, resulta bastante extraño —convino Mildred—. Aunque conviene que te fijes en una cosa, Dick.

—Habla, por favor —pidió él.

—Nellie quedó viuda hace cinco años. Mavis ha dicho lo mismo. ¿Enviudaron las cinco amigas restantes al mismo tiempo?

Ogilvy se pellizcó el labio inferior.

—Lo que deberíamos hacer es preguntárselo a ella, pero se nos ha escabullido con mucha habilidad —contestó—. Y, de todos modos, nosotros tenemos cosas más urgentes que hacer. No somos policías y el esclarecimiento de ese crimen corresponde a quien lo tiene encomendado legalmente.

CAPÍTULO IV

Los perros ladraron cuando llegaban a la casa. Ogilvy torció el gesto al recordar los dos doberman-pinscher, negros como la noche, que había visto en aquellos parajes tres años antes.

Robert, el criado, acudió a recibirles. Ogilvy pensó que los años resbalaban por aquel arrugado rostro. En los pálidos labios de Robert se formó una ligera sonrisa al reconocer a uno de los visitantes.

—Sea bienvenido el señor —saludó amablemente—. Y la señorita que le acompaña, también, por supuesto. El señor puede tener la seguridad de que me alegro infinito de volver a verle de nuevo en esta casa.

—Gracias, Robert —contestó el joven—. Sin duda la señorita Liliana le habrá dicho algo acerca de nosotros, pero, en caso de que no fuera así, le presentaré a la joven que me acompaña. Se llama Mildred Parsons y es mi asociada en la oficina.

De súbito, los perros ladraron más cerca. Al otro lado del vestíbulo, una puerta se abrió y dos enormes canes, de pelo azulado, de tan negro, irrumpieron a la vista de los recién llegados.

Ogilvy pensó que aquellas bestias no serían las que había conocido tres años antes, resucitadas por la magia de algún encantamiento, pero, ante su asombro, los canes, que no estaban atraillados, empezaron a hacerles fiestas y saltar en torno a ellos, a la vez que meneaban alegremente la cola.

Liliana avanzó al encuentro de los recién llegados. Su espléndida cabellera negra flotaba suelta sobre la espalda de una chaqueta de piel, de estilo cazador, y sus ojos brillaban de un modo singular. Había color en sus mejillas y una clara sonrisa en sus labios, que no necesitaban de artificios para mostrar una roja tonalidad, propia de una muchacha exultante de vitalidad. Unos pantalones de ante y

botas altas, completaban el atavío de Liliana, cuyas manos se tendieron espontáneamente hacia Ogilvy.

—No sabe cuánto me alegro de verle —manifestó. Luego se volvió hacia la otra joven—. Ésta es su asociada, la señorita Parsons.

—Encantada, condesa…

—Llámeme Liliana —rió la dueña de la casa—. Y usted también, Dick. —De pronto levantó la mano para amenazar a los perros—: ¡Quietos ya, «Buzzy», «Runner»!

Los doberman-pinscher, obedientes, se tendieron en el suelo, jadeando, con las lenguas fuera, mientras miraban alternativamente a los presentes. Ogilvy confesó que se sentía pasmado.

—¿Por qué? —preguntó Liliana.

—No nos han atacado… Recuerdo que su difunta madre los tenía atraillados…

Liliana sonrió maliciosamente.

—Están entrenados para atacar solamente a las personas hostiles —contestó.

—Sí, pero ¿cómo saben que nosotros no lo somos?

—Usted escribió una carta, anunciándome su llegada, con Mildred. Mildred la escribió y usted la firmó, ¿no es así?

—Ciertamente…

—Los perros han olfateado la carta. Yo les he dicho que son amigos… y al llegar ustedes a la casa, les han reconocido por el olor. Pero, vengan, por favor, tomaremos una copa en el salón, mientras Robert se encargará de los equipajes, ¿no es así?

El criado se inclinó y salió fuera de la casa. Liliana echó a andar, erguida, segura de sí misma, seguida por los dos canes, cuyas cabezas llegaban a la cintura, a pesar de que Lilian no era una mujer de baja estatura, precisamente, sino todo lo contrario.

Mildred estaba admirada.

—Es lista la chica —murmuró para sí.

Be pronto, entró en el salón, vio la estatua y lanzó un grito de admiración. Sin poder contenerse, avanzó hacia las inmediaciones de la obra de arte y la contempló largamente.

—Le gusta —sonrió Liliana, mientras llenaba las copas.

—Es algo maravilloso —dijo Ogilvy—. No se puede negar que el artista puso toda el alma en su obra…, pero hablemos de otra cosa,

Liliana, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, Dick. Empiece cuando guste.

—Usted tenía razón. Los libros de cuentas están amañados. Dyles le es infiel.

Liliana no pareció sorprenderse demasiado de la declaración.

—Lo sospeché desde el primer día —contestó—. Bien, mañana le llamaré. Tengo ganas de ver la cara que pone y… ¿Es mucho lo que me ha robado?

—En números redondos, ocho mil libras.

—¡Estafador! —Se indignó la muchacha—. En cuanto le ponga la vista encima, le voy a decir… Bueno, será mejor que no me enfade demasiado o me dará un ataque. Dick, ¿piensan estar muchos días en Elmbury House?

—Pues.

Liliana rió graciosamente.

—No tienen prisa —decidió—. El tiempo es estupendo y aquí se está bien. Pueden quedarse una semana y les servirá como de vacaciones.

—No está mal pensado —convino Ogilvy.

Mildred se acercó a la pareja.

—He oído algo acerca de vacaciones —dijo.

—Nos quedamos en la casa una semana —contestó Ogilvy—. A menos que tengas algo que objetar, Mildred.

—En absoluto. Es un lugar que me encanta. Y los perros también.

Mildred se puso en cuclillas y acarició a uno de los canes. El animal movió la cola alegremente.

—Son sus amigos, no cabe duda —dijo Liliana.

—Sí, pero voy a permitirme darle un consejo respecto a los canes.

—Hable, Dick, le escucho.

—Yo estaba aquí la noche en que murió su madre. Tenía dos perros idénticos a éstos, capaces de destrozar a cualquiera a dentelladas. Sin embargo, el asesino los eliminó mediante unos trozos de carne envenenada. Procure que no le suceda a usted lo mismo. —No hay cuidado, Dick. «Buzzy» y «Runner» están educados para no comer nada que no les sea dado por mí o por Robert. Ya ve que a usted y a Mildred no les han hecho el menor

daño; sin embargo, les atacarían ferozmente si intentasen darles algo de comida.

—Ya entiendo —sonrió el joven—. Bien, de todos modos, procuraré estar lejos de sus colmillos. Ahora, Liliana, me gustaría saber si se ha enterado del nuevo crimen supuestamente cometido por el mismo hombre que mató a su madre.

La chica se puso seria súbitamente.

—Sí, me he enterado —contestó.

* * *

Los perros, a la mañana siguiente, ladraron con fuerza. Ogilvy Estaba vistiéndose para desayunar y se acercó a la ventana de su cuarto, que daba a la explanada delantera.

Un coche se había detenido delante de la casa y su ocupante se apeaba en aquel momento. Ogilvy vio a un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, provisto de un portafolios y cuyo rostro, apreció, no parecía irradiar felicidad precisamente.

La voz de Liliana sonó en algún lugar de la casa:

—¡Encierre a los perros, Robert!

Ogilvy terminó de hacerse el nudo de la corbata se puso la chaqueta y salió del dormitorio. Cuando llegó al arranque de la escalera vio a Liliana hablando con el recién llegado.

Mildred salió de su habitación también. Los dos juntos descendieron al vestíbulo.

—Hola —saludó la chica—. Dick, Mildred, les presento al señor Dyles, mi ex administrador. Señor Dyles, éstos son Dick Ogilvy y Mildred Parsons, expertos en contabilidad.

Dyles se inclinó ligeramente y murmuró unas palabras de saludo, evidentemente forzadas. Liliana propuso a todos pasar al salón.

—Terminaremos en seguida, de modo que luego desayunaremos —dijo—. Sólo quiero que repitan lo que me dijeron ayer acerca de los libros de contabilidad.

—Están en su poder de un modo ilegal —protestó Dyles.

—Le había dicho más de una vez que quería examinarlos. Usted siempre puso pretextos especiosos para no entregarlos, por lo que yo tuve que convertirme en ladrona de algo que legalmente es mío. Y eso no es todo, señor Dyles. ¿Dónde están las ocho mil libras que

faltan?

La cara del sujeto se puso de mil colores. Quiso decir algo, pero no acertaba a articular las palabras claramente.

Indignada, Liliana señaló hacia la puerta con el brazo.

—Salga —ordenó enérgicamente—. Salga de aquí y no vuelva más…

—Espere un momento, por favor —intervino Ogilvy—. Tal vez el señor Dyles devuelva las ocho mil libras, sin necesidad de hacer intervenir a la ley. A fin de cuentas, no es una cantidad que se pueda calificar de insignificante. Y usted, Liliana, ha sido gravemente perjudicada.

Dyles oyó aquellas palabras y flaqueó de tal modo, que se vio obligado a sentarse en un sillón.

—Por favor, no.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ogilvy, extrañado—. El desfalco ha sido probado. Usted, en estos tres años, se ha apropiado de diversas cantidades que suman en total la cifra mencionada. ¿Por qué no quiere devolver ahora ese dinero?

—No me hagan más preguntas, se lo ruego.

Dyles parecía poseído por un terror que le impedía no sólo hablar inteligiblemente, sino incluso razonar.

Ogilvy se sintió extrañado por la actitud del hombre, que se le antojaba exagerada, pese a que la suma sustraída no fuese una minucia.

—No quiero ese dinero —exclamó Liliana—. Lo único que deseo en estos momentos es perder de vista a este individuo repulsivo, que me ha traicionado.

—Espere un momento, por favor —rogó Ogilvy—. Si usted le perdona la deuda, yo no tengo nada que objetar, aunque no me agrade su decisión. Pero creo que sí convendría saber qué destino ha hado a ese dinero.

—¡No, no lo diré! —aulló Dyles, como si estuviera poseído por un terror infinitamente superior a sus fuerzas.

Y, de súbito, se levantó y echó a correr enloquecido hacia la puerta. Instantes después, se oía el rugido del motor de su coche al arrancar a toda velocidad en dirección a Cawton Place.

Ogilvy y las dos jóvenes se quedaron perplejos y desconcertados ante la insólita actitud del ex administrador.

—A ese hombre le pasa algo —dijo Ogilvy—. Liliana, ¿qué sabe usted de Dyles?

—Bien, no es que pueda decir gran cosa… Tengo entendido que es viudo y que disfruta de un mediano pasar… No padece estrecheces económicas, aunque tampoco se le conozca como un derrochador…

—Por tanto, podría haber devuelto el dinero.

—Apretándole un poco, si, desde luego. Se le podría haber obligado a vender algunas de sus fincas; no habría representado un grave problema, una vez demostrado legalmente el desfalco.

—Y no quiso hablar —murmuró el joven, hondamente preocupado por el incidente—. ¿Tendrá algún cómplice?

Liliana se quedó parada.

—Eso es algo que no se me había ocurrido pensar siquiera —declaró.

—El cómplice puede ser joven, con un bonito tipo y usar faldas en lugar de pantalones —declaró Mildred maliciosamente—. A veces, estos cincuentones viudos caen en manos de ciertas lagartas que les despluman tan fácilmente como nosotros desplumaríamos a un gorrioncillo.

—Puede que haya algo de eso, en efecto —admitió Liliana—. Bien, pero me parece que el desayuno se ha retrasado más de lo conveniente. Después de desayunar, nos iremos a dar un paseo, si les parece. Los alrededores son muy bonitos y el tiempo acompaña.

Ogilvy asintió. Sí, hacía realmente un tiempo estupendo, tan distinto de la noche en que llegó a Elmbury House por primera vez, tres años antes.

Mientras desayunaba, observó furtivamente a Liliana. ¡Qué enorme parecido con su madre! Y, una vez más, se preguntó si lo que había sucedido aquella noche había sido sueño o deliciosa realidad.

* * *

En Cawton Place dormía todo el mundo.

La aldea estaba sumida en un silencio absoluto. De repente, se oyeron unos feroces ladridos, seguidos de un espantoso alarido.

Los perros ladraban y gruñían furiosamente, mientras un hombre chillaba frenéticamente. De súbito, los gritos del hombre se

transformaron en un horrible estertor.

Se oyeron algunos ladridos más. Luego, tan bruscamente como había sido todo, volvió el silencio.

Los habitantes de Cawton Place, despiertos en su mayoría a causa del insólito suceso, empezaron a salir de sus casas, algunos armados con escopetas, temerosos de los canes que tan fieramente habían ladrado algunos minutos antes.

—Ha sido en casa de Dyles —dijo uno.

Los más valientes se acercaron al edificio mencionado, situado en uno de los extremos de la pequeña población. Era una casa de planta y dos pisos, en una de cuyas ventanas superiores se veía algo de luz.

Alguien llamó a la puerta. En vista de que Dyles no contestaba, los más osados, de acuerdo con el agente Brawstone, representante de la ley en la población, forzaron la puerta y corrieron hacia el primer piso.

Al llegar al dormitorio de Dyles, vieron un espectáculo horripilante.

El dueño de la casa yacía atravesado sobre la cama, con los ojos desmesuradamente abiertos por el terror que había sufrido en sus últimos instantes. Había sangre por todas partes y su cuello aparecía horriblemente destrozado. También se veían abundantes heridas en sus manos y sus brazos, como si hubiese tratado de defenderse del acoso de los perros que habían acabado por darle muerte.

Un estremecimiento de horror sacudió a todos los presentes. Uno de ellos resumió en pocas palabras lo que era el común pensamiento de cuantos se encontraban en la estancia:

—¡Han sido los perros de Elmbury House!

Capítulo V

Aquella noche, Ogilvy no había dormido bien. A las seis de la mañana se encontró con que ya no podía continuar durmiendo y se levantó y vistió, dispuesto a dar un paseo antes del desayuno.

Los perros dormían apaciblemente en el vestíbulo. Gruñeron con suavidad al pasar Ogilvy por su lado. El joven acarició aquellas enormes cabezotas. «Buzzy» se levantó de pronto y quiso salir con él, pero Ogilvy lo rechazó suavemente y cerró la puerta.

Caminó con paso ligero durante un par de kilómetros, disfrutando del aire puro de la amanecida. Al cabo de un buen rato, cruzó una carretera, junto a la cual, a poca distancia, corría un riachuelo de seis u ocho metros de anchura, bastante profundo al parecer, ya que no se veían los guijarros del lecho.

Ogilvy juzgó prudente tomarse un ligero descanso, antes de emprender el regreso. De pronto, divisó algo entre las hierbas de la orilla, casi tocando el agua.

Parecía un bulto de ropas, atado de cualquier manera con una cuerda. Ogilvy se sintió curioso. En el tejido se veían unas manchas de color oscuro.

Con gran cuidado, para no caer a la corriente, descendió por la ribera, que tenía un trazado de talud muy pronunciado, y agarró el bulto de ropas. Una sustancia líquida y pegajosa manchó su mano de inmediato. Ogilvy sintió una especie de náusea y se limpió la mano en la hierba, húmeda del rocío.

El asunto estaba claro, pensó. Alguien había tirado el bulto al río, muy posiblemente desde un automóvil en marcha, pero las ropas habían sido detenidas a un palmo del agua por un pequeño arbusto espinoso. El paquete, observó, era bastante pesado, lo que le dio la idea de lastre, necesario para que los ropajes se hundieran en el agua.

Sacó una navajita y cortó el cordel que sujetaba los ropajes. Vio una chaqueta vulgar, una camisa, llena de manchas de sangre, pantalones, un par de calcetines y unos zapatos… y también algo que le hizo dar un respingo.

A primera vista, parecía un cepillo con cerdas de metal. Un examen más detenido le dijo que se trataba de un trozo de madera, de forma alargada, atravesado en la mitad de su longitud por una serie de clavos cortos, gruesos y de sección triangular. En el metal se veían también algunas manchas de color inconfundible.

En alguna parte, se dijo Ogilvy, se había cometido un crimen. Profundamente intrigado, dudó unos momentos acerca de la decisión que debía tomar.

Cawton Place, se dijo, estaba un poco lejos para ir a pie. Lo mejor sería volver a Elmbury House y tomar el coche. Luego se dirigiría a la aldea para denunciar el hallazgo.

Dentro del paquete había también una piedra, que dejó cuidadosamente escondida entre las hierbas. Ató las ropas de nuevo y emprendió el regreso sin vacilar.

* * *

Liliana se sentía indignada por las acusaciones de que era objeto.

—¿Mis perros? —Exclamó, casi a gritos—. ¡Eso es imposible, señor Brawstone! Nunca salen de la casa por la noche; los tengo encerrados.

—Todo el mundo escuchamos sus ladridos, señorita —dijo pacientemente el agente de policía—. Luego, cuando encontramos al señor Dyles, horriblemente mutilado…

—Vamos a ver, ¿cómo se le ocurre siquiera que mis perros puedan, aunque consiguieran escapar de la casa, recorrer diez kilómetros solamente para destrozar a dentelladas «precisamente» el cuello del señor Dyles?

—Bien, el caso es que…

Ogilvy apareció de pronto en la puerta.

—¿Sucede algo, Liliana? —preguntó.

La muchacha avanzó hacia el recién llegado.

—Dick, le presento al agente Brawstone, de Cawton Place. Dyles ha muerto y él dice que fueron mis perros —exclamó con gran

vehemencia.

—Lo siento —dijo el policía—, pero tendré que llevarme a los perros, para un examen.

—Señor Brawstone, ¿a qué hora se produjo la muerte de Dyles? —preguntó el recién llegado.

—Puede que fueran las tres, las tres y cuarto como máximo. Oímos unos ladridos muy fuertes y luego los gritos de la víctima, que se defendía desesperadamente del ataque de esos dos perros tan feroces… Les aseguro que no es un espectáculo agradable; había manchas de sangre por todas partes…

—Ah, había sangre —dijo Ogilvy.

—Parecía un matadero, señor —respondió Brawstone.

Mildred apareció en lo alto de la escalera y empezó a bajar en silencio. Ogilvy sonrió.

—Agente, si hay tanta sangre como usted dice, deberían de haber huellas de las patas de los perros en el suelo o en las ropas de la cama o de la víctima —dijo—. ¿No lo cree así?

Brawstone se quedó cortado un instante.

—Es cierto —contestó—. No hay señales de patas de los perros, pero las huellas de sus dientes…

—¿Quién ha examinado esos dientes?

—El médico de Cawton Place, por supuesto. Asegura que son mordeduras de animal, de unos perros muy grandes, concretamente.

—Con todos los respetos para los conocimientos del médico, debo decir que no ha examinado demasiadas mordeduras de perro, agente.

—El doctor Mac Craish es un médico muy competente, señor.

—Salvo en mordeduras de perro, insisto.

—Dick —intervino Mildred—, ¿por qué dices eso?

Ogilvy dejó caer a sus pies el bulto de ropas que había traído consigo. Se arrodilló, cortó la cuerda y sacó aquella extraña herramienta, tan parecida, en cierto modo, a un cepillo con mango.

Sonaron varias exclamaciones de asombro, Ogilvy indicó al asombrado policía el lugar donde había encontrado los ropajes y añadió:

—Vine a casa con ánimo de llevar todo yo mismo al pueblo, ya que la distancia era excesiva para ir a pie. Elmbury House me pillaba más cerca; por eso vine a buscar el coche. Pero teniéndole a

usted aquí, señor Brawstone, ese viaje es inútil.

El policía asintió, no menos estupefacto que las dos muchachas.

—Ahora que lo dice, sí, es cierto, encuentro extraño no haber visto manchas de sangre, con forma de huellas de las patas de un perro —dijo Brawstone—. Pero, claro, todos, todos oímos aquellos ladridos tan feroces…

—Alguien asesinó a Dyles —afirmó Ogilvy—. Y preparó la comedia de tal modo, que los perros de la señorita Hórpathy resultasen culpables. Naturalmente, el asesino se manchó de sangre. Quizá contaba ya con ello, por lo que debió de tener ropas de recambio preparadas. Lejos de la aldea, cambió los ropajes y luego tiró el bulto al río, pero no contó con que un arbusto espinoso detendría las ropas a un palmo del agua.

—¿Cómo lo encontró usted? —preguntó Brawstone.

—Me desperté demasiado pronto y salí a dar un paseo antes del desayuno. La verdad, no hubiera hecho demasiado caso del bulto de ropas, de no haber visto manchas de sangre que la humedad de la noche impidió se secasen.

El policía contempló una vez más aquel horrible y, al mismo tiempo, original instrumento de muerte.

—Pediré al doctor Mac Craish que examine la sangre que se ve en estas púas de hierro —dijo.

Liliana fue a la cocina y volvió a poco con una bolsa de plástico, en la que Brawstone guardó las ropas y el arma homicida. Cuando el policía se disponía a abandonar la casa, Ogilvy dijo:

—Tendré mucho gusto en acompañarle más tarde al lugar donde encontré las ropas.

Allí está, escondida, la piedra que debería haber servido de lastre para que las pruebas de un crimen quedasen ocultas.

—Vaya a buscarme cuando guste, señor Ogilvy —se despidió el agente.

* * *

Liliana se sentía muy deprimida.

—No comprendo quién ha querido acusarme de este crimen.

—Diga mejor a sus perros —rectificó Ogilvy—. Pero el fondo de este crimen hay que buscarlo en el dinero que Dyles le había desfalcado.

—No comprendo —dijo la muchacha.

—A cada minuto que pasa estoy más seguro de que Dyles tenía un cómplice. Hace ya bastantes días que usted le robó los libros de cuentas.

—Sí, es cierto.

—Por tanto, el asesino, que debía de conocer a Dyles bastante bien, temió que éste acabase por hablar. Sospecho que, de un modo u otro, ese misterioso individuo hacía chantaje a Dyles y le sacó dinero, mediante la amenaza de revelar algún secreto vergonzoso que Dyles, lógicamente, no quería se viera divulgado. Pero, a juzgar por lo que vimos ayer, las cosas debían de haber llegado ya a un punto tal, que Dyles no podría soportar más la presión a que estaba sometido desde dos puntos; usted, Liliana, con su petición de rendición de cuentas, y el chantajista. Éste, individuo astuto e inteligente, debió de comprender que iba a ser descubierto. Por tanto, decidió matar al administrador.

—Y lo hizo con ese arma tan horrible.

—Dick, ¿qué me dices de los ladridos que, según Brawstone, despertaron a toda la aldea? —exclamó Mildred.

—Es bien sencillo; un magnetófono portátil, con el altavoz a todo volumen.

Naturalmente, el asesino había grabado antes los ladridos de unos canes. ¿Quién podría distinguir los ladridos? Todo el mundo, después de ver muerto a Dyles, pensó que habían sido los perros de Liliana.

—Me gustaría conocer a ese individuo —dijo Mildred.

Ogilvy se volvió hacia Liliana.

—Es un enemigo suyo —supuso—. ¿Tal vez Fizzi?

—Hace años que no lo veo ni sé de él —respondió la muchacha.

—Escuche —dijo Ogilvy de pronto—. Tengo un buen amigo en Londres, quien trabaja en una reputada agencia de investigaciones. ¿Por qué no le encargamos que busque a Fizzi?

—No sería mala idea, en efecto.

—Fizzi fue el sujeto que inculcó en la mente de Bezthan la idea de que su madre era un vampiro. Puede que me equivoque, pero apostaría algo a que los dos crímenes tienen alguna cosa en común.

—¿Lo cree así, Dick?

—Hay teléfono en Elmbury House —dijo el joven—. Usted

ahora, me va a facilitar todos los datos posibles acerca de Fizzi. De este modo, mi amigo tendrá una sólida base para empezar sus investigaciones.

—De acuerdo —accedió Liliana.

—Una pregunta, todavía, por favor —rogó Ogilvy—. Usted me habló de las joyas de su abuelo.

Liliana meneó la cabeza con gesto pesaroso.

—No he podido encontrarlas —respondió—. Para mí, están tan perdidas como si jamás hubieran existido.

Brawstone volvió a la casa al día siguiente.

—El señor Ogilvy tenía razón, las huellas que han aparecido en las heridas sufridas por Dyles corresponden exactamente a las púas del arma que sirvió para el crimen. En cuanto a los restos de sangre, pertenecen a la víctima.

—La gente se habrá convencido, por tanto, de que mis perros no mataron a un administrador infiel —dijo Liliana.

—Sí, desde luego… Oiga, no sabía que Dyles…

—Desfalcó ocho mil libras a la señorita —intervino Ogilvy—. Mi asociada y yo comprobamos los libros de cuentas y no hay lugar a duda alguna sobre ese extremo.

Brawstone demostró entonces que no era tan torpe como parecía.

—Entonces, Dyles tenía un cómplice y éste, tal vez viéndose a punto de ser descubierto, lo mató —dijo.

—Eso es lo que nosotros creemos también, aunque no tenemos la menor idea de quién pueda ser ese cómplice —respondió Ogilvy, mintiendo a medias. Por el momento, no sentía deseos de mencionar el nombre de Fizzi, ya que no había pruebas ni siquiera circunstanciales contra el sujeto.

Brawstone se marchó. Robert, el criado, llegó poco más tarde. Había estado en Cawton Place y traía el correo, entre otras cosas.

Con el correo llegaron algunos periódicos. Todos ellos, con mayor o menor espectacularidad, hablaban de un nuevo crimen del «matador de vampiros», como ya empezaban a llamar al doctor Bezthan.

También esta vez era una mujer la víctima. Su nombre era Louise Ewington y, como Nellie McCann, había aparecido en la cama, con una estaca de madera profundamente hincada en el

pecho.

Ogilvy reparó en un detalle. Nellie había muerto en Bylington. El lugar del crimen estaba a unos doscientos cincuenta kilómetros de Elmbury House. La segunda víctima había muerto sesenta kilómetros más al norte, a ciento noventa kilómetros, por tanto, de la casa de Liliana.

El hecho preocupó profundamente a Ogilvy. De pronto, sintió la necesidad de hacer algo.

—Tengo que salir —dijo, apenas hubo llegado a tales conclusiones—. No sé cuánto tardaré en volver, pero procuraré regresar lo antes posible.

—¿Adónde vas? —quiso saber Mildred.

El índice de Ogilvy golpeó la primera página de uno de los periódicos recién llegados.

—El entierro de Louise Ewington se celebrará hoy —contestó—. Quiero darme prisa, a fin de llegar a la ceremonia fúnebre.

* * *

Esta vez, Mavis Bardlane no fue sola al cementerio donde enterraban a otra de sus amigas. Una mujer, de la misma edad, aproximadamente, y también bastante atractiva, estaba junto a ella cuando el clérigo recitaba sus últimas oraciones por la difunta.

Ogilvy aguardó discretamente a que la ceremonia hubiera concluido. Luego, cuando la concurrencia empezó a disolverse, se acercó a las dos mujeres.

—Señora Bardlane…

Mavis le miró casi hostilmente a través del velo negro que cubría su rostro.

—Por favor, señor Ogilvy —dijo—; en estos momentos, no siento deseos de hablar con nadie.

—Apostaría algo a que Louise era amiga suya. Y de la bella señora que la acompaña a usted.

La otra sonrió complacida. Ogilvy se dijo que era más asequible que Mavis.

—Me llamo Sandra Wapping —dijo.

—Soy Dick Ogilvy. Verá, señora Wapping, me siento bastante interesado en estos crímenes tan horribles… Una vez fui testigo presencial de uno similar y, créame, cada vez que lo recuerdo,

todavía me siento trastornado.

Mavis tiró del brazo de su amiga.

—Vámonos, Sandra —dijo, impaciente—. Este hombre sólo trata de sonsacarnos.

—Espera, mujer, ¿qué prisa tienes? —Sandra, muy morena, de cuerpo espectacular, miró— sonriendo al joven. —¿De veras tiene interés en hablar con nosotras?

—Bastante, señora…

—Éste no es lugar apropiado. ¿Por qué no viene mañana a verme a mi casa? Total, vivo solamente a cuarenta kilómetros…

—Ese hombre te meterá en un buen lío —dijo Mavis hoscamente —. Vámonos de una vez.

Pero ya era tarde. Ogilvy conocía la dirección de Sandra y prometió que iría a visitarla al día siguiente.

—A la hora del té —puntualizó la espectacular morena, con una sonrisa de inequívoco significado.

Ogilvy aseguró que no se retrasaría un segundo después de las cinco y se alejó en busca de su coche. Con la mano en el tirador de la portezuela, vio a Mavis y a Sandra que subían al automóvil de la segunda.

Un súbito impulso le hizo seguir al coche en que viajaban las dos mujeres.

Media hora más tarde, Mavis se apeó en una casa situada en las afueras de una pequeña población, Sandra se despidió de su amiga y continuó el viaje.

Ogilvy aguardó unos minutos todavía. Luego se apeó del automóvil, caminó unos cuantos pasos y llamó a la puerta de la casa donde vivía Mavis Bardlane.

CAPÍTULO VI

Una de las ventanas estaba abierta. La voz de Mavis salía a través del hueco. Ogilvy se dio cuenta de que la mujer hablaba con alguien por el teléfono.

—No, lo siento… No tengo más dinero… Haz lo que quieras, Renny, pero no sé de dónde sacar ya el dinero… Como quieras, adiós.

Ogilvy volvió a llamar. Se preguntó quién sería el misterioso Renny. Mavis había dado la sensación de sentirse muy enojada y, al mismo tiempo, amedrentada.

¿Por qué?

Mavis apareció de pronto en la puerta. Reconoció al visitante y la cólera destelló en sus ojos.

—No quiero hablar con usted —exclamó—. Creo habérselo dicho con toda claridad…

—Es cuestión de cinco minutos solamente, señora.

—¡Ni cinco segundos!

—Mavis —dijo el joven gravemente—, yo no he venido a pedirle dinero.

La cara de la mujer se puso gris.

—Ni se lo voy a exigir ni le haré chantaje —añadió él.

—¿Cómo sabe usted…?

Ogilvy señaló la ventana.

—Procure cerrar todo bien, cuando vaya a hablar con alguien por teléfono, a menos que sea para efectuar el pedido a la tienda de comestibles —dijo.

—Está bien, entre —cedió ella finalmente—. Pero temo que no voy a poder decirle gran cosa.

Ogilvy se quitó el sombrero. Mavis se sentó en un sillón y juntó ambas manos sobre el regazo.

—Quiere que le dé mil libras —dijo.

—¿Cómo se llama?

—Renny Smith. No sé más de él… salvo que me ha amenazado con matarme si le denuncio a la policía.

—El tal Smith conoce algún grave secreto que a usted no le interesa se divulgue, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Mavis desmayadamente.

—Ese secreto… ¿se refiere a las reuniones entre amigas?

—Sí.

—¿Celebraban alguna fiesta de un modo digamos especial? ¿Drogas? ¿Bebidas mezcladas, demasiado fuertes?

—No, no, ni drogas ni alcohol.

—Entonces…

—Lo siento, no puedo decírselo. —Mavis se retorció Tas manos desesperadamente—. ¿Por qué se me ocurriría ir la primera vez? —exclamó con acento lleno de congoja.

—¿Qué ocurrió, señora?

Mavis vaciló un segundo.

—Antes dije que no tomábamos drogas —respondió—. Por lo menos, no las tomábamos de un modo consciente. Pero debía de haber algo extraño en los refrescos que tomábamos. Después… nos entraba una horrible sed de… de…

Mavis cerró los ojos. Era evidente que quería borrar de su mente el recuerdo de ciertas escenas no demasiado gratas.

—¿Sangre? —dijo Ogilvy.

Mavis lanzó un pequeño chillido.

—¡Por favor, por favor! —gimió.

Ogilvy miró en torno suyo y descubrió un pequeño aparador, con algunas botellas. Eligió una, que contenía un vino suave, y llenó una copa.

—Tome, Mavis —dijo.

Ella aceptó la copa, hipando y sollozando todavía.

—Nunca debí haber aceptado participar en aquellas reuniones… Ni siquiera sé cómo llegaron a convencerme…

—Tal vez el hombre alto y de rostro atezado.

—¿Lo conoce usted?

—He oído hablar de él. Visitaba a Nellie unas cuatro veces al año. ¿Cada cuánto tiempo viene a verla a usted?

—Hace ya varios meses… Ahora me llamó por teléfono y me pidió dinero.

—Bajo la amenaza de revelar el secreto de aquellas reuniones en las que se bebía sangre. ¿De qué animal era la sangre?

—Una gallina. Cada vez, una de nosotras tenía que sacrificar al animal. Luego tomábamos unas gotas de su sangre… pero creo que ninguna de nosotras estábamos en nuestros cabales cuando hacíamos aquellas cosas tan horribles.

«Es indudable», pensó Ogilvy.

—Ustedes, por lo visto, guardaban el secreto de las reuniones —dijo en voz alta—. Pero alguna, por lo que parece, se fue de la lengua. O Renny no le haría chantaje ahora.

—No sé quién ha podido ser, se lo juro.

Mavis era en aquellos momentos una mujer atribulada, tal vez terriblemente frustrada.

Había empezado a asistir a unas reuniones de antiguas compañeras del colegio, en un principio, alegres e inofensivas, pero luego, de una forma que para Ogilvy no resultaba aún demasiado clara, aquellas reuniones habían degenerado en una especie de orgía, que se remataba bebiendo la sangre de un animal sacrificado en un rito bárbaro y sangriento, cuyo significado, por otra parte, le resultaba incomprensible.

—Voy a hacerle una última pregunta, señora Bardlane —dijo Ogilvy.

—Sí —accedió Mavis, muy desanimada.

—¿Tiene Renny pruebas de que en esas reuniones bebían sangre de un animal?

Mavis se levantó y caminó hacia un *secrétaire*, de uno de cuyos cajones extrajo una fotografía mayor que una postal, que tendió a su visitante. Ogilvy contempló la escena sin pronunciar palabra.

Había siete mujeres en torno a una mesa. Una de ellas sostenía la gallina decapitada, de cuyo cuello manaba la sangre, para ir a caer en una gran copa de vidrio traslúcido. La indumentaria de las mujeres era idéntica; una larga túnica blanca, cerrada de cuello y mangas y larga hasta los pies. La fotografía, dedujo el joven, había sido tomada sin que ninguna de las presentes se diera cuenta de que estaban siendo retratadas, salvo una de ellas, que parecía mirar al objetivo.

La que miraba hacia la cámara, seguramente instalada en algún lugar disimulado, era Sandra Wapping.

A Ogilvy el detalle le extrañó sobremanera.

—Estas reuniones, ¿se celebraban siempre en casa de Nellie? —inquirió.

—Sí, siempre.

«Entonces, Nellie era ignorante de que alguien había colocado la cámara en algún lugar de la casa, donde no resultase fácil descubrirla», pensó.

* * *

Sandra Wapping recibió a su visitante ataviada de una forma muy poco apropiada para la hora del té, aunque no por ello dejaba de resultar espectacular, tan espectacular como la dueña de la casa. Podía llamarse bata, túnica, vestido o con cualquier otro nombre, pero era evidente que el material de la prenda podía calificarse de cristalino y que el resto de la indumentaria que había debajo era muy escaso en tejido.

—Me gustan los hombres que saben ser puntuales —dijo Sandra.

—Temía incurrir en sus iras si me retrasaba un solo segundo —contestó él galantemente—. Oiga, Sandra, ¿siempre se viste así para tomar el té? —preguntó jovialmente.

Ella se echó a reír.

—Cada visitante, debe verme con el atuendo apropiado —contestó—. Pero entre y siéntese. En seguida traeré el té…, ¿o quizá prefiere algo menos soso y más animador?

—Lo segundo, Sandra.

Sonó otra risita. Sandra se alejó, con gran revuelo de tules, para volver a poco con una botella, soda y un cubo con hielo.

—Esto es mejor que el té —le guiñó un ojo.

Después de preparar las copas, Sandra se sentó a su lado.

—Apuesto algo a que ha venido a hablarme de la pobre Louise —dijo.

—Se equivoca —contestó él—. Soy un conquistador. Quiero enamorarla, Sandra.

—Usted bromea…

Ogilvy la abrazó sin más preámbulos. Ella se resistió un poco, sorprendida de la acometividad de su huésped, pero al fin, cedió y

se dejó besar.

—Caramba, eres agresivo —dijo, poco después, todavía sofocada y jadeante—. Se ve que no te gustan los rodeos, ¿eh?

—En absoluto. Tú no eres mujer que invite precisamente a… la neutralidad.

—A veces, no es conveniente ser neutral. Pero no creo que hayas venido solamente a decirme que soy muy guapa, Dick, ¿por qué no hablas claro?

—¿Lo prefieres así?

—Me fastidian los subterfugios. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué pretendes, exactamente?

Ogilvy pensó que se hallaba ante una mujer más astuta e inteligente de lo que había calculado.

—A decir verdad, me preocupan las muertes de dos amigas tuyas —manifestó—. Pero, más que nada, la forma en que murieron.

—Como si hubieran sido vampiros.

—¿Lo eran, Sandra?

Ella guardó silencio un momento. Su pecho opulento subía y bajaba con cierta rapidez.

—Dick —habló al cabo—, ¿guardarás secreto si te cuento todo lo que sé?

Ogilvy levantó la mano derecha.

—Juro guardar secreto…

—Oh, no bromees, esto no es cosa de risa. Se trata de algo más horrible de lo que puedas pensar.

—Tal vez Renny Smith te hace objeto de un chantaje, ¿no es así?

Sandra le miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Incluso sospecho que, en cierto modo, tú le ayudaste —dijo el joven.

—Oye, sabes muchas cosas.

Ogilvy sacó la fotografía que le había enseñado Mavis la víspera.

—Seguro que tú colocaste la cámara —dijo.

Sandra asintió.

—Él me obligó —murmuró.

—¿Renny?

—Sí.

—¿Cómo se os ocurrió la idee de beber la sangre de una gallina sacrificada?

Ella se pasó una mano por la frente.

—Sabíamos que lo hacíamos, pero no podíamos evitarlo —contestó—. En un principio, fue el acuerdo de celebrar todos los cumpleaños en casa de Nellie. Era, por decirlo así, el lugar más cercano a todas nuestras residencias. Un día… de repente, nos encontramos sacrificando a la gallina y bebiendo su sangre.

—Sé que no tomabais alcohol. ¿Quién drogaba las otras bebidas?

Sandra vaciló un momento. De repente, algo cruzó el aire con tremendo ímpetu y fue a hundirse profundamente en el pecho de la mujer.

Se oyó un alarido desgarrador. Espeluznado, Ogilvy contempló el largo palo, de madera muy pulida, hincado en la perfumada carne femenina más de un palmo. El palo, al menos en la parte visible, medía cincuenta centímetros y tenía dos de grosor.

Las manos de Sandra se engarfiaron convulsivamente en torno al palo. De pronto, cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Ogilvy corrió hacia la ventana y divisó a un hombre que subía a un automóvil, que arrancó de inmediato. La primera idea que acudió a su mente fue la de lanzarse en persecución del asesino, pero unos segundos más tarde, tuvo que desistir cuando vio que dos de las ruedas de su coche estaban deshinchadas.

* * *

—Hemos leído los periódicos —dijo Mildred—. Debió de ser algo horrible, Dick.

Ogilvy asintió. Ya había regresado a Elmbury House. Liliana servía café.

—Esta vez, el doctor Bezthan no pudo aguardar a la llegada de la noche —contestó.

—Se cree que tuvo que ser él, aunque nadie, ni yo mismo, logró verle la cara.

—¿Cómo clavó la estaca a tanta distancia? —quiso saber Mildred.

—Una ballesta. El palo penetró más de quince centímetros y atravesó el corazón.

—Buena puntería. Dick.

—En cierto modo, no tuvo que esforzarse mucho. Calculo que tiró, apoyado en el antepecho de la ventana, para asegurar el tiro, y a unos cuatro o cinco metros de distancia, como máximo. Por la misma razón, esa saeta improvisada, no necesitaba plumas estabilizadoras.

—Pero ¿por qué emplear un arma de esa clase? —inquirió Liliana, asombrada.

—Para el asesino, es el sustitutivo ideal de la estaca aguzada y el mazo —contestó Ogilvy—. Y recuerden las dos que ésas son las armas con las que se exterminan a los vampiros.

—No entiendo, a pesar de todo —dijo la muchacha—. ¿Cómo es posible que haya alguien que considere a esas mujeres como vampiros?

—El doctor Bezthan tenía manías muy concretas sobre el particular. Esas manías le llevaron a un manicomio, del que se ha escapado hace poco, sin que, hasta el momento, se sepa de él otra cosa que los crímenes cometidos y que señalan su paso. Pero nadie ha podido verle.

—Tú tampoco, al menos, no pudiste identificarle —terció Mildred.

—Así es. Ahora bien, en las muertes de esas pobres mujeres, hay, a mi entender, un factor distinto al de un simple chantaje. Hasta ahora, todas las que yo he conocido personalmente, conocieron también al hombre alto y de aspecto deportista.

—Fizzi —dijo Liliana sin vacilar.

—Es posible que se trate de él, pero los crímenes han sido cometidos por Bezthan. Aun así, el nombre que yo he oído pronunciar es el de Renny Smith, un tipo bastante parecido a Fizzi.

Mildred se estremeció de repente.

—Dick, es probable que, en estos momentos, otra mujer corra peligro de ser muerta por ese loco que pretende destruir la especie de los vampiros. ¿No podrías…?

—Informé de todo lo que sabía a la policía de la ciudad donde vivía Sandra —contestó el joven—. Supongo que, a estas horas, las otras cuatro mujeres habrán recibido la adecuada protección.

Hubo un momento de silencio.

Luego, Ogilvy añadió:

—Por el momento, no podemos hacer más, salvo disfrutar de la hospitalidad de Liliana.

La muchacha sonrió.

—Pueden permanecer en mi casa todo el tiempo que gusten. Es más, estoy empezando a pensar en nombrarles mis administradores. No es que posea gran cosa y, además, mis fondos han quedado poco menos que exhaustos, después de la estafa de Dyles, pero, al menos, lo poco que tengo sé que será administrado siempre con honestidad.

Mildred inclinó ligeramente la cabeza.

—Para nosotros, será un placer —aseguró.

De nuevo sobrevino el silencio. Ogilvy miraba fijamente a Liliana. Era algo a lo que no se podía acostumbrar, aquel asombroso parecido con su difunta madre.

Leonora había revivido en su hija. De repente, sintió un escalofriante presentimiento.

¿Conocía el doctor Bezthan la existencia de la hija de Leonora?

CAPÍTULO VII

Dos días después, apareció en Elmbury House un atildado individuo, que dijo, y demostró, ser el inspector Hullman, de Scotland Yard.

Hullman estaba muy interesado en hablar con Ogilvy, cosa a la que accedió el joven sin la menor dificultad.

—Estamos investigando estos crímenes con todas las características de un acto ritual —manifestó el policía—. Y dado que usted ha conocido a algunas de las víctimas y que en esta casa, hace tres años, se cometió un crimen de análogas características, he creído oportuno charlar un poco con usted.

—No tengo ningún inconveniente, inspector. Puede preguntarme todo lo que guste. No tengo nada que ocultar y, por lo tanto, diré todo lo que sé.

—Muchas gracias, señor Ogilvy.

Hullman empezó a renglón seguido con una serie de preguntas, a todas las cuales contestó el joven sin vacilar. Minutos más tarde, Hullman dio el interrogatorio por terminado.

—A excepción de un par de puntos —sonrió.

—Usted dirá, inspector.

—Hemos encontrado algo muy extraño en las casas de esas mujeres. Yo querría que lo viese usted, señor Ogilvy. Se trata, al parecer, de un mensaje incompleto, cuyo significado no hemos logrado descifrar por el momento.

—Bien, enséñeme el mensaje —pidió Ogilvy.

Hullman sacó tres fotografías, numeradas correlativamente, en cada una de las cuales había unas letras escritas con grandes caracteres, de mayúsculas, sobre lo que parecían trozos de papel corriente. En cada uno de los papeles, abajo, a la derecha y en tipos más pequeños, se veían dos iniciales: «E. H.».

—Dado que Nellie McCann, en cuya casa encontramos el primer trozo de papel, murió de la misma manera que la condesa Hórpathy, pensamos que las iniciales finales, comunes, a todos los mensajes, podían referirse a Elmbury House. Pero no acabamos de entender qué pueden significar esos distintos grupos de letras —declaró el inspector.

—¿Han probado a escribirlos correlativamente?

Hullman meneó la cabeza y sacó la cuarta fotografía.

—Éste es el resultado que hemos obtenido —dijo.

Ogilvy contempló la fotografía y leyó algo muy extraño:

—«Ab… lla… jer… ab… ac…». ¡Esto es incomprensible, inspector! —exclamó, al terminar la lectura.

Hullman sonrió tristemente.

—Lo mismo pienso yo —dijo. Y se puso en pie, como dando a entender que ya había terminado la misión que le había llevado a Elmbury House.

—Aguarde un momento —pidió el joven—. Creo que le convendría hablar con la señorita Hórpathy. A fin de cuentas, si esos mensajes se refieren a Elmbury House, como parece, ella podría decirnos algo de interés.

—De acuerdo —contestó Hullman.

Liliana apareció en el salón momentos después. Hullman le enseñó las fotografías. La muchacha declaró que no tenía la menor idea de lo que podían significar aquellos grupos de letras.

—Ni he conocido jamás a ninguna de esas mujeres —añadió, con firme acento.

—Inspector —dijo Ogilvy—, me gustaría tomar copia de esos supuestos mensajes.

Quizá con el tiempo yo pueda averiguar algo. Le prometo que, en tal caso, me pondría en contacto con usted.

—Muy bien, no hay objeción.

Ogilvy copió en una cuartilla el contenido de las fotografías, observando que cada trozo de papel tenía cuatro letras. Le pareció un mensaje indescifrable, pero pensó que debería intentar lo imposible por conseguir averiguar su contenido.

Aquella noche se quedó en la pequeña biblioteca de la casa, junto al fuego, tratando de desentrañar el enigma de las doce letras, las cuales habían sido colocadas según el orden en que habían sido

halladas. Robert, pasada la media noche, le trajo una jarra-termo llena de café.

—Debería estar acostado ya, señor —dijo el anciano criado.

—Eso es lo mismo que pienso yo de usted —sonrió Ogilvy—. Robert, dígame, ¿se ha enterado de los motivos de la visita del inspector Hullman?

—Sí, señor, y quisiera pedirle una cosa…

—Si está en mi mano, cuente con ella, Robert.

—Verá, señor… Yo apreciaba mucho a la difunta condesa y puedo asegurarle que el doctor Bezthan estaba loco de remate. La señora condesa no fue jamás un vampiro, pero… tenía algunas amistades muy especiales, si es que a un servidor fiel y leal se le puede permitir hablar de este modo.

—¿Qué clase de amistades, Robert?

—Hombres y mujeres muy extraños. No sé cómo decirlo, señor, pero el caso es que me hubiera gustado tener alguna autoridad sobre ella, para prohibirle el contacto con tales amistades. Yo creo que, en el fondo, eso es lo que la condujo a un final tan horrible.

El viejo criado parecía muy alterado. Calló un instante, para enjugarse el sudor que corría por su frente y, de pronto, con dramático acento, exclamó:

—¡Por lo que más quiera, señor, no permita que la señorita tenga el mismo trágico fin que su madre!

Ogilvy respingó.

—Robert, la señorita Liliana no corre ningún peligro —dijo.

—Lo presiento, señor, alguien querrá asesinarla… Protéjala, se lo suplico.

—Haré lo que pueda, Robert —prometió Ogilvy, muy impresionado por las palabras que acababa de escuchar.

Robert se inclinó.

—Gracias, señor —murmuró.

Ogilvy se quedó solo nuevamente. Tomó café un par de reces y luego, alrededor de las dos de la madrugada, decidió que era hora ya de ir a la cama.

Se le había ocurrido una idea. Hullman había encontrado trozos de un mensaje en casa de tres mujeres asesinadas. ¿Por qué no hablar con Mavis Bardlane sobre el particular?

Lo haría al día siguiente, decidió, en el momento en que abría la

puerta del salón. Dio un paso y, en el acto, le pareció que sus pies se quedaban clavados en el suelo.

Miró con fijeza a los dos canes, absolutamente inmóviles. Cada uno de los doberman-pinscher tenía clavada en el costado izquierdo una estaca semejante a la que había visto hundirse en el pecho de Sandra Wapping.

Un súbito escalofrío de terror recorrió su espalda al presentir la verdad.

—¡El doctor Bezthan estaba dentro de la casa!

* * *

Aquel fanático desequilibrado, ¿cómo era posible que hubiese podido llegar hasta la casa?, se preguntó Ogilvy, mientras subía los escalones de cuatro en cuatro.

Una cosa era segura: «Buzzy» y «Runner» no habían ladrado. Estaban muertos, sí; e incluso podía admitirse una muerte instantánea, pero no simultánea. El segundo en morir podía haber ladrado antes de ser atravesado por la saeta de madera. Pero no había ocurrido nada. ¿Por qué?

Alcanzó el primer piso y saltó hacia la puerta del dormitorio de Liliana, que abrió de golpe. Estupefacto, vio a la muchacha durmiendo apaciblemente.

Era una visión de radiante belleza y suprema serenidad. Liliana tenía la cabeza ligeramente doblada a un lado y sus negros cabellos se esparcían por la almohada como un abanico de ébano puro. Un brazo, sin velos, de mórbidos contornos, asomaba fuera del embozo de la sábana.

El pecho de la joven subía y bajaba rítmica, apaciblemente. Ogilvy se tranquilizó. El loco no había asestado aún su golpe fatal.

Pero seguía dentro de la casa, lo cual no era tranquilizador. Ogilvy se preguntó dónde podría encontrar un arma. Tal vez Robert supiera dónde había, por ejemplo, alguna escopeta.

De pronto, creyó oír un ligero ruido en la estancia contigua. Entonces, Ogilvy, con los pelos de punta, se acordó de Mildred.

Saltó a un lado y alcanzó la puerta del dormitorio, que abrió de golpe. Entonces divisó una escena espeluznante.

Había un hombre junto al lecho en el cual descansaba Mildred. La joven estaba sujeta a los extremos de la cama por sendas

ligaduras. Su boca estaba tapada por una ancha tira de esparadrapo.

En los ojos de la muchacha había una expresión de horror indescriptible. El intruso tenía en la mano derecha un pesado mazo de madera y, con la izquierda, sostenía una afilada estaca, cuya punta descansaba justamente en el centro del pecho de Mildred.

Ogilvy lanzó un agudo grito:

—¡Alto!

Pero ya era tarde. La pesada maza de madera cayó con tremenda fuerza. El maniático emitió una terrible imprecación:

—¡Muere, engendro de Satanás!

La estaca de madera se hundió profundamente en la blanca carne de Mildred. Chorros de sangre salieron disparados en el acto a gran distancia. La joven se estremeció con horribles convulsiones. Ogilvy, ciego de ira, saltó hacia el loco y lo apartó a un lado de un tremendo empellón.

En una fracción infinitesimal de segundo vio que había llegado demasiado tarde. Las sacudidas que agitaban el cuerpo de Mildred eran sólo ya producto de movimientos reflejos, causados por la agonía. Ogilvy, enloquecido por la furia, se volvió hacia el intruso.

—Maldito asesino…

El doctor Bezthan no había caído del todo ni tampoco había soltado la maza. Había en sus ojos un brillo demencial, cuando alzó la pesada herramienta para descargarla contra el hombre que se atrevía a atacarle.

Ogilvy vio venir el golpe y se echó desesperadamente a un lado. Aun así, no lo pudo evitar por completo. La maza rozó su cráneo y golpeó el hombro, lanzándolo al suelo. No perdió el sentido, pero sí las fuerzas, que desaparecieron de sus músculos instantáneamente.

El dolor nubló sus ojos. Como a través de una espesa niebla, vio al asesino escapar hacia la puerta, atropellando violentamente a alguien que quería cerrarle el paso. Ogilvy oyó un débil grito femenino. Luego captó ruido de pasos que se alejaban con gran rapidez.

Abajo, en el vestíbulo, sonó de pronto una fuerte exclamación:

—¡Párate, asesino!

Un tremendo estampido sacudió los vidrios de la casa. Ogilvy vio unas piernas femeninas en el umbral de la puerta del dormitorio. Luego, la dueña de las piernas se incorporó en parte y, a

gatas, asomó la cabeza por un lado de la entrada.

Liliana chilló. Ogilvy, penosamente, se arrastró hacia la puerta. Vagamente, oyó un rugido del motor de un coche que arrancaba bruscamente.

—Liliana, no… no entre… —jadeó.

De pronto, el dolor que sentía en la cabeza se hizo agudísimo y perdió el sentido.

* * *

El inspector Hullman se paseaba nerviosamente por el salón de la planta baja. Ogilvy, con la cabeza vendada y el brazo izquierdo en cabestrillo, estaba sentado en un sillón.

Liliana se hallaba en pie, a su lado. En el rostro de la muchacha aparecían todavía las señales de la impresión que en su ánimo había causado el horrible crimen cometido en la casa.

El cuerpo de Mildred estaba en la funeraria local. Ogilvy se sentía abrumado.

—Soy yo el culpable de su muerte —dijo—. Si no se me hubiera ocurrido venir aquí con ella…

—También yo soy culpable —exclamó Liliana—. Les invité a ambos a quedarse una semana de vacaciones. Sin mi sugerencia, es muy posible que hubieran regresado a Londres al día siguiente de su llegada.

—Entonces, la muerta habría sido usted, señorita Hórpathy —dijo Hullman, mientras atacaba calmosamente su pipa—. Es posible que el doctor Bezthan se confundiera de dormitorio…, pero creo que conocía la casa, ¿no es así?

—Supongo —contestó la muchacha—. Una cosa es segura; ni Mildred ni yo ocupábamos la habitación en que murió mi madre.

Hullman meneó la cabeza.

—Puede decirse que ha sido cuestión de suerte, la clásica moneda al aire. Hemos advertido señales de que el asesino abrió primero la puerta de un dormitorio, precisamente el que ocupaba la condesa el día de su muerte. Al verlo vacío, pasó a la puerta siguiente, que correspondía al dormitorio de la señorita Parsons… Bien, es preciso suponer que la víctima, sorprendida durante el sueño, no pudo oponer gran resistencia, y así, el doctor Bezthan, le tapó la boca para que no gritase, la ató y luego ejecutó lo que él

debe de creer un acto de justicia.

—Pero los perros no ladraron —dijo Ogilvy—. ¿Cómo es posible? Éstos no eran los que murieron aquí hace tres años. Aquéllos, incluso, podrían haberle reconocido como un ser amigo, pero no así «Runner» y «Buzzy».

Hullman encendía su pipa mientras hablaba el joven. Cuando Ogilvy terminó sus observaciones, contestó:

—El doctor obró con infinita astucia. En primer lugar, llegó a la casa por la parte posterior y lo primero que hizo fue entrar subrepticiamente en el cuarto del criado.

Robert dormía profundamente y por ello no se enteró de que alguien le robaba un traje.

Vestido con las ropas del criado, Bezthan pudo acercarse sin dificultad a los canes. A fin de cuentas, los perros se guían siempre más por el olfato que por la vista, y la persona a quien vieron tenía las mismas dimensiones, aproximadamente, que Robert, cuyas ropas identificaron por su olor peculiar. Entonces, Bezthan no tuvo la menor dificultad en narcotizar primero a los canes y matarlos después, de sendos saetazos. Si hubiera disparado su ballesta primero, el dolor habría hecho gritar al animal herido. ¿Lo comprenden ahora?

—Desde luego, inspector —dijo Ogilvy—. Pero todo lo que acaba de relatar usted, nos hace suponer que Bezthan no está solo. Se fugó del manicomio y no es un criminal empedernido, un delincuente experimentado, capaz de burlar a la policía días y más días.

Por grande que sea su inteligencia, y esto no hay que discutirlo, es obvio que alguien le ayuda. Quién y con qué motivos, son cosas que ustedes deben averiguar, inspector.

—Desde luego, y haremos todo lo posible —convino Hullman—. Hay decenas de agentes rastrillando la región. Tarde o temprano, Bezthan acabará por caer en nuestras manos. Lástima —agregó con un suspiro— que el escopetazo de Robert careciese de puntería.

—Pero no entiendo por qué matar también a los perros —terció Liliana—. Si ya los había narcotizado, no constituían ningún peligro para él.

—Bezthan, en su desequilibrada mente, debía de pensar que los canes eran unos diabólicos ayudantes de la persona a quien iba a

matar. —Hullman meneó la cabeza—. A decir verdad, tengo unas ganas enormes de conversar con este individuo y no sólo por conocer a su supuesto cómplice, sino por saber exactamente los motivos que le han impulsado a obrar de este modo.

—Si tiene un cómplice, para mí es evidente que éste fue a visitarle al manicomio en más de una ocasión, a fin de convencerle de que debía exterminar a los supuestos vampiros. Creo que debería investigar este punto, inspector.

—Es una buena idea —aprobó Hullman—. ¿Piensan acudir al funeral?

—Sí —contestó Ogilvy tristemente—. Es lo menos que podemos hacer por la pobre Mildred. ¿No le parece, Liliana?

La muchacha asintió.

—Iremos juntos —respondió.

CAPÍTULO VIII

Para Ogilvy, aquella escena era una repetición, en calco, de otras que ya había presenciado antes. El trago peor fue cuando tuvo que dar el pésame a los padres de Mildred. No los había conocido hasta entonces, pero se sintió terriblemente deprimido al ver el dolor de los señores Parsons, en especial la madre de la muchacha.

Tenía muchas palabras en la punta de la lengua, pero no acertó sino a decir un par de frases tópicas. Por otra parte también él se sentía terriblemente afectado. Mildred había sido una joven encantadora, de una simpatía arrolladora y una inteligencia excepcional, cualidades todas que se habían esfumado con un sangriento golpe de mazo.

Los padres de Mildred se llevarían el ataúd con los restos de la muchacha a Coventry, en cuyo cementerio tenían el panteón familiar. Cuando el funeral estaba a punto de terminar, Ogilvy, con gran sorpresa, descubrió a Mavis Bardlane.

La sorpresa se le pasó bien pronto, cuando recordó que Mavis había estado también en otros funerales, causados por los mismos motivos. Al terminar la ceremonia, maniobró para situarse junto a la mujer.

—Quiero hablar con usted —cuchicheó.

Mavis le miró un tanto sorprendida.

—¿Aquí? —consultó.

—Espéreme en la puerta de la capilla.

Ella asintió. Liliana les dirigió una mirada de extrañeza, pero no dijo nada.

Poco después, el ataúd fue cargado en el furgón de pompas fúnebres. Ogilvy se despidió de los señores Parsons, quienes subieron a un coche, conducido por un amigo de la familia. La multitud, que se había congregado en la pequeña parroquia de

Cawton Place, empezó a disolverse.

Algunos periodistas trataron de hacer preguntas a Liliana. La muchacha se negó a contestar; detestaba la publicidad, manifestó claramente.

Ogilvy, aún con la cabeza vendada y el brazo izquierdo en cabestrillo, fue en busca de Mavis.

—Venga —dijo.

Ella le siguió hasta donde se encontraba Liliana. Ogilvy hizo las presentaciones. Mavis tenía la boca abierta.

—Increíble —dijo.

—¿Qué le pasa, señora Bardlane? —preguntó Liliana, desconcertada.

—Apostaría algo bueno a que Mavis conoció a su madre de usted, Liliana —dijo Ogilvy.

—Ah, ya entiendo.

—El parecido es extraordinario. Hubiera creído que Leonora estaba viva —dijo Mavis.

—Entonces, ¿conoció a mi madre?

Mavis suspiró profundamente.

—Sí, conocí a tu madre —dijo.

—Creo que sería mejor hablar de este asunto en Elmbury House —propuso Ogilvy—. Es decir, si Liliana no tiene ningún inconveniente.

—Ninguno —accedió la mencionada.

* * *

—Todas conocimos a la condesa en la corta épica en que fue profesora del Stiller College —empezó diciendo Mavis—. Nosotras éramos unas adolescentes y ella era ya una señora casada, con una niña preciosa, pero éramos más amigas que alumnas y profesora.

La condesa era una mujer de un trato encantador y sus clases eran para nosotras como una especie de oasis en la aridez de los estudios.

«Con siete de sus alumnas intimó bastante más que con las restantes. Luego, cuando dejó el colegio, para dedicarse enteramente a su hija, ya que su esposo había fallecido prematuramente, seguimos carteándonos con ella. Muchas veces, durante las vacaciones, veníamos a visitarla, bien individualmente,

bien en pequeños grupos. La amistad contraída durante la época colegial se cimentó así con bastante solidez.

»Cuando ya íbamos a dejar el colegio, una de las chicas del grupo propuso que nos reuniéramos con frecuencia en casa de alguna de nosotras. En los primeros años, las reuniones apenas si se celebraron. Es curioso, más de una de nosotras ha enviudado, dos se han divorciado y otras dos continúan solteras. En este aspecto, no se puede decir que hayamos sido demasiado afortunadas.

»Cuando decidimos renovar el acuerdo sobre las reuniones, visitamos a la condesa y le propusimos a ella que asistiera también. Faltó las dos primeras veces y acudió en la tercera ocasión, pero ya no volvió.

—¿Por qué? —quiso saber Liliana.

Mavis puso cara seria.

—Aquellas horribles ceremonias… —murmuró, apesadumbrada —. A tu madre no le gustaron en absoluto y así nos lo hizo saber al despedirse.

—Entonces, ¿también ella tomó parte en el sacrificio de la bestia? —inquirió Ogilvy.

—Sí. Es curioso, ninguna de nosotras queríamos hacerlo, pero había una fuerza misteriosa que nos impelía a hacerlo. Sencillamente, aun sabiendo lo que iba a pasar, no podíamos dejar de asistir a las reuniones. La condesa, sin embargo, fue más valiente o quizá poseía una mayor fuerza de voluntad, pero el caso es que no volvió.

»Ahora bien, la única ocasión en que estuvo con nosotras, antes de que diera comienzo la ceremonia, nos entregó a cada una de nosotras un trozo de papel, con unas letras escritas. No explicó por qué lo hacía; sólo dijo que un día, tal vez, aquel mensaje podría sacarnos de un grave apuro. La verdad, no hicimos demasiado caso de lo que decía.

—¿Y eso es todo? —quiso saber Liliana.

—Ya no sé qué más decir…

—Salvo el nombre de las otras tres compañeras de colegio que aún están vivas —indicó Ogilvy.

—No tengo inconveniente. Es más, incluso les daré el trozo de papel que me entregó la madre de Liliana, Mavis abrió el bolso y sacó un papel, que puso en manos de la muchacha. Liliana, a su vez,

se lo entregó a Ogilvy, quien estudió con todo detenimiento las letras que había allí escritas.

—Está bien, muchas gracias —dijo al cabo—. Mavis, ahora querría los nombres y direcciones de sus tres amigas.

—Por supuesto.

Ogilvy anotó los datos que le facilitaba la mujer. Más tarde, Mavis alegó que había sido un día de demasiadas emociones para ella y dijo que se volvía a su casa.

Liliana y el joven quedaron solos.

—¿Qué opina usted, Dick? —preguntó ella más tarde.

—No lo sé. En parte, Mavis es sincera…, pero hay algo que no ha declarado; la forma en que eran obligadas a realizar ese horrible pero también ridículo sacrificio de una gallina. Si estaban drogadas, ¿quién les proporcionaba la droga que influía en su voluntad?

—¿Renny Smith?

Ogilvy hizo un gesto de duda.

—Algunas de las siete mujeres tenía que ser cómplice del hombre que las sometía a chantaje —manifestó—. Posiblemente, Sandra, que en la fotografía que tenemos aparece mirando a la cámara. Pero también puede tratarse de un gesto casual.

—Lo que daría como cómplice quizá a la misma Mavis o alguna de las otras tres supervivientes.

—Exacto.

Ogilvy miró una vez más el papel que Mavis le había entregado.

—Una B, una E, una M y una U —murmuró.

—A ver —dijo Liliana—, saque el papel donde tiene copiados los otros trozos del mensaje.

El joven accedió. Liliana, segundos más tarde, exclamó:

—Podemos sacar dos palabras completas; «bella mujer». Pero ¿qué quiere decir el resto?

El teléfono sonó en aquel momento. Liliana se levantó para atender a la llamada.

—Es para usted, Dick —anunció, segundos más tarde.

Ogilvy reconoció bien pronto la voz del inspector Hullman.

—Tengo noticias —declaró el policía—. Sabemos quién visitó a Bezthan con cierta frecuencia. Un tal Castellani, artista.

Ogilvy lanzó una exclamación de asombro.

—¡Es el mismo que esculpió la estatua de la condesa!

—Sorprendente —dijo Hullman—. Bien, he dado orden de buscarlo por todas partes y a toda costa. Si apareciese por ahí, no deje de avisarme.

—De acuerdo, inspector.

Ogilvy colgó el teléfono y se volvió pensativo hacia la muchacha.

—Me pregunto qué tendrá que ver Castellani con este desdichado asunto —murmuró.

—Si al menos pudiéramos hablar con él… Pero no sabemos dónde puede encontrarse…

Ogilvy consultó la nota donde había escrito las direcciones de las antiguas colegialas.

—Hoy es ya un poco tarde —manifestó—. Liliana, ¿tendrá mañana inconveniente en conducir mi coche?

—No, en absoluto. ¿Adónde piensa ir?

Ogilvy se tocó el hombro izquierdo, que el mazo del asesino no había roto por milagro.

Pero el golpe le dolía aún bastante y le paralizaba por el momento toda acción con el brazo.

—Denise Michaels vive a cincuenta kilómetros tan sólo de este lugar —contestó.

—Iremos a verla —decidió la muchacha, resueltamente.

* * *

—Sí, tengo el papel que me entregó la condesa —declaró Denise Michaels al día siguiente—. Aunque, a decir verdad, nunca entendí por qué lo hacía ni qué supuestos beneficios podríamos obtener de ese mensaje en clave. Si es que realmente se trata de un mensaje —dudo irónicamente.

Ogilvy estudió con detenimiento a la mujer. Era guapa, elegante, pero también de carácter un tanto cínico, con aire de estar ya de vuelta de todas las cosas de este mundo.

—Ustedes celebraban ciertas reuniones —dijo—. ¿Qué las forzaba a matar una gallina y beber su sangre?

Denise se puso seria repentinamente.

—Eso es algo de lo que no me gusta hablar —contestó—. Fui a la última reunión y me juré entonces que no lo repetiría.

—¿Le hacen chantaje?

Sobrevino un espacio de silencio. Denise tenía los labios contraídos.

—Usted no es un policía —dijo al cabo—. Por tanto, no contestaré a esa pregunta.

—Por tanto, existe el chantaje. ¿Renny Smith?

—Oh, por favor, cállese ya…

—Señora Michaels…

—Señorita. Aún soy soltera —corrigió Denise bruscamente.

—¿A los treinta años? —terció Liliana con acento irónico.

Denise se volvió hacia la muchacha.

—¿Por qué no? —sonrió—. Me encuentro así mucho mejor que sin la fastidiosa compañía de un marido y algunos hijos.

—Hasta que un día se enamore.

—Dejemos este tema —cortó Ogilvy—. ¿Qué las forzaba a ustedes a sacrificar la gallina y beber su sangre?

—No puedo decirlo exactamente. Sé que teníamos que hacerlo, eso es todo.

Ogilvy entrecerró los ojos.

—Tal vez Renny Smith tenga mucho que ver con estos sacrificios —murmuró—. Apostaría algo a que a usted también le envió una fotografía semejante a ésta.

La fotografía de las siete mujeres surgió bruscamente a la luz. Denise se puso pálida.

—He acabado con el chantaje —manifestó.

—¿Cómo? —preguntó Ogilvy.

—Es muy sencillo: sólo matábamos a una gallina, no a una persona.

—Creo que entiendo. Simplemente, se negó a pagar.

—Justamente.

—¿Era Smith el que les exigía el dinero?

—Sí. Yo pagué quinientas libras en una ocasión. Creía que se daría por satisfecho, pero no fue así. Cuando me pidió dinero de nuevo, me negué. No podía hacerme nada, soy soltera, estoy libre, mi reputación me importa un rábano… —Denise soltó una fuerte risotada—. Renny tuvo que aguantarse y callar, porque a decir verdad, no podía obligarme a darle más dinero.

—Perdone otra pregunta, señorita Michaels. ¿Cómo formulaba Renny sus peticiones de dinero? ¿Por carta tal vez?

—Oh, no, simplemente, por teléfono. La única vez que escribió una carta, y no decía nada en ella, fue para enviarme la fotografía. El sobre estaba escrito a máquina y, además, lo quemé. Luego, Renny me llamó por teléfono y me pidió dinero. Cedí la primera vez, ya lo he dicho, pero cuando quiso sacarme más dinero, le envié al diablo.

—Pero usted conoce a Renny personalmente —dijo Ogilvy.

—Sí.

—¿Qué hubo exactamente entre los dos?

Denise soltó una risita.

—No me gusta contestar a preguntas que afecten a mi intimidad personal —dijo.

La respuesta era sumamente significativa, pensó Ogilvy.

—Está bien, señorita Michaels —dijo—. Por favor, ¿quiere darme el trozo de papel que le entregó la condesa?

—No tengo ningún inconveniente, señor Ogilvy.

CAPÍTULO IX

En los días siguientes, Ogilvy y Liliana visitaron a las otras dos antiguas discípulas de la condesa. Al final, habían conseguido rescatar. —Ogilvy lo definió con esta palabra— el mensaje completo.

La condesa había empleado una cuartilla, partida en siete trozos, en cada uno de los cuales, además de las iniciales inferiores, que mencionaban Elmbury House, había un grupo de letras. Había cuatro signos gráficos en cinco de los trozos del mensaje y cinco en dos de ellos. En total, las treinta letras componían la siguiente frase:

UNA BELLA MUJER, PERO DE CABEZA VACÍA

Ogilvy se quedó estupefacto. Liliana no estaba menos asombrada del que estimaba mensaje absolutamente incomprensible.

—¿A qué se puede referir? —exclamó el joven, tremendamente desconcertado.

Liliana tuvo un rasgo de humor.

—Bien, parece ser que ninguna de ellas es fea… pero también parece que, salvo la posible cómplice del misterioso Renny Smith, todas las demás tienen la cabeza vacía.

—El argumento sería aceptable, si no fuese porque en cada trozo de mensaje se cita Elmbury House. Por tanto, la hermosa mujer de cabeza vacía, debe de residir aquí. Claro que no lo digo por usted, pero… ¿no hubo en el pasado alguna otra mujer, aparte de su madre?

Liliana hizo un gesto de desaliento.

—Lo ignoro —contestó—. Y es que, incluso, ignoro también cómo tuvo mi madre la ocurrencia de venir a residir aquí. Claro que la propiedad está bastante aislada, lejos de Londres, y ello pudo

influir en su bajo precio. Por otra parte, sé que mi madre se sintió muy afectada por la muerte de su esposo, hasta el punto de que no quiso volver a casarse de nuevo. Quizá por eso se retiró aquí…

—Pero usted no vivía en Elmbury House.

—No, yo estaba interna en un colegio suizo. Allí permanecí hasta la muerte de mi madre.

—Si la fortuna de la condesa no era muy grande, resulta difícil comprender cómo podía pagar las facturas de ese colegio, Liliana.

—Mi padre dejó un fondo para mí educación, que debía ser invertido íntegramente en ese fin. Y. —Liliana sonrió un tanto tristemente— no todos los colegios en Suiza son para millonarios.

Ogilvy asintió. Había muchos enigmas en aquella historia, enigmas que no habían sido aclarados debidamente. Pero valía la pena intentar su esclarecimiento, aunque de tal modo que Liliana no sufriese daño alguno y, al mismo tiempo, se consiguiera atraer al verdadero autor de aquellos horribles crímenes.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Liliana, ¿tendría usted inconveniente en invitar a las cuatro antiguas alumnas de su madre que aún sobreviven?

Ella le miró intrigada.

—¿Para qué? —preguntó.

—Se me ha ocurrido una idea… No acabo todavía de desarrollarla por completo, pero creo que sería conveniente reunir aquí a Mavis Bardlane y a las otras tres Es más, incluso tengo el pretexto que las hará venir sin poner demasiados obstáculos.

—Está bien. ¿Puede explicarse, Dick?

—Sí, desde luego.

Ogilvy habló durante algunos momentos. Al terminar ella hizo un gesto de aquiescencia.

—Conforme —dijo—. ¿Por quién va a empezar?

—Ada Cranner es la primera de la lista. Iré a visitarla personalmente. De lo que diga ella, depende lo que haré con las restantes: visitarlas también o citarlas por medio de una llamada telefónica que, en tal caso, haría usted misma.

Liliana sonrió.

—Ojalá su plan salga bien —deseó sinceramente.

* * *

Ada Cranner contempló recelosamente a su visitante, a quien ya había recibido una vez.

—Le entregué el trozo de papel que me dio la condesa. ¿Qué más quiere? —exclamó con notorio desabrimiento.

Mientras contemplaba a la atractiva mujer que tenía frente a sí, de formas ampulosas, aunque con evidente tendencia a la gordura en un futuro próximo, Ogilvy se dijo que debía armarse de paciencia, si quería llegar al final de sus proyectos.

—La condesa no le entregó aquel trozo de papel por mero capricho —manifestó—. Era una mujer sumamente sensitiva y las apreciaba a ustedes infinitamente. En realidad, cada trozo de papel es una especie de testamento, en el cual, como es lógico, usted sale altamente favorecida.

—Vaya —sonrió Ada, algo más «ablandada»—. Y, ¿en qué me favorece ese testamento?

—Lo siento, no se lo puedo decir, sin permiso de la hija de la condesa, que es quien me ha encomendado esta gestión. —Ogilvy señaló el teléfono cercano—. Si no me cree, llame a la señorita Hórpathy, tendré mucho gusto en darle su número de teléfono.

Ada vaciló un momento, pero al fin cedió:

—Venga ese número —pidió.

Ogilvy se lo dijo. Momentos después, Ada se ponía en comunicación con Elmbury House.

Ogilvy encendió un cigarrillo mientras Ada charlaba con Liliana. Al cabo de un par de minutos, Ada colgó y se volvió hacia su visitante.

—La señorita Hórpathy dice que, para hacerme cargo de la parte que me corresponde en el testamento, debo acudir a Elmbury House, lo mismo que las otras tres antiguas compañeras de colegio —manifestó.

—Es lo que yo debía decirle a usted, pero he preferido que lo escuchase de los propios labios de Liliana.

Ada hizo una mueca.

—No sé… Aún no estoy muy convencida… Quizá se trata de alguna impostora, que aguardaba en un teléfono previamente convenido.

—¿Acaso piensa que tratamos de hacerle chantaje, como Renny Smith?

La mujer se puso pálida.

—No mencione ese asunto, por favor —dijo con voz crispada—. Me ha costado ya demasiado dinero.

—Nosotros no le pediremos un penique, señora Cranner —aseguró Ogilvy solemnemente—. Podrá comprobarlo después de su estancia en Elmbury House, créame.

Y, por favor, conteste a una pregunta: ¿cuánto dinero le ha sacado Renny Smith en los últimos tiempos?

—Quisiera olvidarlo —dijo Ada entre furiosa y avergonzada—. Más de cinco mil libras… y hace una semana, todavía tuvo la desfachatez de pedirme otras mil.

—Y usted se negó.

—Ya no me importa que publique esa fotografía. Que lo haga, si quiere, pero no le daré un solo chelín más.

—A fin de cuentas, lo que hacían ustedes no era ningún crimen, ni mucho menos; sólo una reunión de antiguas compañeras de colegio, que pasaban una alegre velada, celebrando el cumpleaños de turno y divirtiéndose honestamente.

—Eso no es cierto —gruñó Ada—. Matábamos una gallina y bebíamos su sangre. Me avergüenzo de haberlo hecho, señor Ogilvy.

—Ya no lo repetirá más. ¿Cuándo irá usted a Elmbury House?

—Todavía no me ha indicado usted la fecha de la reunión…

—Pasado mañana, a la hora del té.

—Está bien, acudiré.

Ogilvy sonrió, a la vez que estrechaba la mano de la mujer, que encontró fría y transpirada. Era evidente que Ada se sentía inquieta y desasosegada, pero, al mismo tiempo, ansiaba dar por terminado un asunto que había empezado en unas inofensivas reuniones de antiguas compañeras de un mismo colegio.

—La señorita Hórpathy tendrá mucho gusto en ofrecerle su hospitalidad —afirmó, a la vez que se dirigía hacia la puerta.

Abrió. En el mismo instante, vio a un hombre de regular estatura, algo rechoncho, parado frente a la entrada de la casa, a unos seis o siete metros de distancia.

La luz, debido a la hora, no era muy buena. Un poco más lejos, había un farol que iluminaba la calle desierta en aquellos momentos, pero su resplandor resultaba inútil, debido al sombrero que el sujeto tenía muy caído sobre su cara, prácticamente metido

hasta las cejas. La postura del sujeto era un tanto extraña, con las manos levantadas y los pies algo separados y firmemente apoyados en el suelo.

Ogilvy tuvo un presentimiento, saltó hacia atrás y cerró la puerta violentamente. En el mismo momento, algo chocó contra la madera con seco golpe.

—¡Cuidado, Ada! —gritó—. El asesino está ahí, afuera.

La mujer lanzó un chillido. Ogilvy se acercó a una de las ventanas contiguas a la puerta y miró con grandes precauciones por encima del antepecho. En aquel instante, el individuo saltaba a un automóvil y emprendía la huida.

Ogilvy se sintió tentado de perseguir al que consideraba un fanático enloquecido, pero recordó una ocasión análoga, en que las dos ruedas de su coche habían sido deshinchadas, y desistió del intento. Ada Cranner, por otra parte, vivía en un barrio residencial, con abundancia de calles que se entrecruzaban por todas partes, y ello, pensó, favorecía notablemente los planes de fuga del doctor Bezthan.

—¿Qué… qué ha pasado? —preguntó Ada, muy pálida.

Ogilvy no contestó por el momento. Abrió la puerta y se inclinó para recoger algo que había en el suelo, junto al umbral. Con aquel objeto en la mano se volvió hacia la dueña de la casa.

—Bezthan ha estado aquí —dijo, a la vez que enseñaba la gruesa saeta de madera, disparada por la ballesta del asesino.

Ada palideció horriblemente y tuvo que sentarse en un diván. Ogilvy sopesó el palo, que medía más de sesenta centímetros de largo, por dos o más de grueso. La punta observó, era muy aguzada, aunque ahora aparecía embotada por el impacto contra la puerta. Pero era un arma que, como había tenido ocasión de comprobar, penetraba fácilmente en la carne humana, bien proyectada por la ballesta, bien clavada a mazazos en un pecho femenino.

—Llamaré a la policía —dijo.

Pero Ada le interrumpió súbitamente.

—No, por favor, no lo haga —pidió—. Detesto la publicidad.

—¿No tiene la casa de algún pariente o una amiga en la cual refugiarse hasta pasado mañana? —sugirió el joven.

—Sí, una prima mía… Vive a pocas millas de aquí…

—Prepárese: la llevaré en mi coche.

—Sí, estaré lista en unos minutos —aseguró Ada.

Ogilvy contempló la estaca una vez más. Luego, con la mano se frotó el hombro. Aún le dolía un poco, pero ya podía utilizar el brazo de aquel lado, al menos para la sencilla labor de conducir un automóvil.

* * *

De pronto, en el absoluto silencio de la noche, Liliana despertó sobresaltada. Creía haber oído un golpe en alguna parte de la casa.

Escuchó durante algunos momentos. El corazón latía en su pecho más aprisa de lo acostumbrado, pero era una muchacha valerosa, que no se impresionaba fácilmente por una nimiedad. En aquellos momentos, solamente ella y Robert, el criado, pernoctaban en la casa, ya que Ogilvy no había regresado todavía de su viaje. Liliana se preguntó sí el maniático asesino habría penetrado subrepticiamente en el edificio.

Lentamente, sin hacer el menor ruido, apartó a un lado las ropas de la cama y se puso una bata sobre el camisón. Metió los pies en unas zapatillas y se incorporó. Dio la luz, abrió el cajón de la mesilla y extrajo un pequeño revólver, que había pertenecido años atrás a su padre.

Liliana no había usado jamás un arma, pero sabía que le bastaría apretar el gatillo para contraatacar al asaltante, si acaso había alguno en el interior de la casa. Abrió la puerta con gran cautela y miró hacia el vestíbulo.

Todo parecía en orden, pero la muchacha presentía que había un intruso dentro del edificio. Lentamente, sin hacer el menor ruido, bajó al vestíbulo y empezó a abrir las puertas, una por una.

Sin embargo, no actuaba imprudentemente. Hacía girar el pestillo en cada vez y empujaba la puerta con fuerza, a la vez que saltaba simultáneamente hacia atrás. De este modo, eliminaba el posible peligro del ataque de un individuo escondido tras la puerta; y ésta al girar con fuerza, le golpearía y revelaría su presencia.

Al cabo de unos instantes, llegó al salón. Abrió y, en el mismo instante, lanzó un agudo chillido, que le resultó imposible reprimir.

Casi en el acto, se abría la puerta de la casa. Ogilvy entró, vio a la muchacha en aquella postura, con la mano izquierda en la boca y el revólver en la derecha, y temió lo peor.

—¡Liliana! —gritó.

El cuerpo de la joven sufrió una fuerte sacudida al oír la voz del recién llegado. Volvió la cabeza y exclamó:

—¡Dick, mire, mire qué cosa tan horrible!

Capítulo X

Ogilvy avanzó lentamente hacia la blanca estatua de mármol, en cuyo pecho, exactamente entre los senos, se veía una estaca de madera que sobresalía unos cuarenta y cinco o cincuenta centímetros. Chorros de líquido rojo salpicaban la blanca materia en que había sido esculpida la obra de arte, como si realmente hubiera sido una persona y no un inanimado trozo de mármol, y luego, un gran reguero corría hacia abajo, manchando el vientre y las piernas, hasta formar un pequeño charco en la base del pedestal.

—Anímese, Liliana —dijo—. No es más que una broma pesada…

—Yo diría que se trata más bien de un macabro aviso —exclamó la muchacha—. La estaca clavada en el mármol…

—Un momento —dijo él—. La estatua, supongo, no será hueca.

—Claro que no; se hizo de un solo bloque, Dick.

A pesar de todo, Ogilvy no se sentía demasiado persuadido de lo que decía la muchacha y tocó el mármol con los nudillos varias veces. En ninguna ocasión obtuvo sonido a hueco.

—Pues si la estaca no está clavada en el mármol…

De pronto, agarró una silla y se subió, a fin de situar los ojos al mismo nivel de la estaca.

Unos segundos más tarde, se volvió hacia la muchacha.

—Truco —dijo.

—¿Cómo, Dick?

Ogilvy saltó al suelo.

—La estaca ha sido pegada al mármol. Luego, alguien ha derramado pintura roja…

—¡Parece sangre, Dick!

—¿Es que no se puede hacer una pintura con el mismo color de la sangre? —sonrió él.

Liliana asintió.

—Ciertamente —murmuró—. Pero ¿qué objeto tiene todo esto?

Ogilvy se acercó a la mesa, donde había dejado antes el cartel que había encontrado sobre el pedestal y apoyado en las rodillas de la estatua. Era un trozo de cartón casi cuadrado, bastante grande, en el que, con enormes caracteres de color rojo, había escrita una frase de truculenta amenaza:

¡ASÍ MORIRÁ LA ÚLTIMA PERSONA DE LA ESTIRPE DE LOS SIRVIENTES DE SATANÁS!
¡MUERTE A LOS VAMPIROS!

—Si no hubiera pasado… lo que ha pasado, este cartel podría tomarse como una broma muy pesada —dijo, hondamente preocupado—. Pero en las actuales circunstancias, no podemos considerar la amenaza como una broma, Liliana.

La muchacha se puso a temblar repentinamente.

—Dick, ¿acaso soy yo un vampiro? —preguntó.

Ogilvy se volvió hacia ella, sonriente:

—¿Siente deseos de morderme en el cuello y sorber mi sangre? —preguntó.

—¡Cielos, no! Me entran náuseas sólo de pensarlo —se estremeció la muchacha.

—Entonces, no se preocupe…

—Dispensen, ¿necesitan algo de mí?

Liliana, con los nervios de punta, dio un pequeño grito, a la vez que se volvía hacia la puerta.

—¡Robert! —exclamó.

—Oí voces y me levanté a ver qué pasaba —dijo el viejo criado, en cuyas manos podía verse la escopeta que ya había usado una vez con notoria ineficacia.

—En todo caso —sonrió Ogilvy—, convendría que preparase un poco de café. La señorita y yo necesitamos una taza.

—Bien, señor.

Robert se retiró. Una vez más, Ogilvy volvió a mirar la estatua, ahora manchada de rojo y con el trozo de madera supuestamente hincado en el pecho.

—Cada vez que lo pienso, me siento más seguro de lo que he calculado —dijo lentamente—. No sé si el doctor Bezthan llegará a venir a esta casa, pero sí estoy seguro de que acudirá el hombre que

le ha impulsado a cometer todos estos crímenes.

—¿Por qué lo ha hecho, Dick? —quiso saber Liliana.

—Sólo hay una respuesta: por dinero.

* * *

Una de las primeras en acudir a la reunión fue Wilma Brook, una rubia menuda, vivaracha, bien formada, de ojos maliciosos, que contemplaron especulativamente la elevada silueta del hombre que acudió a recibirla.

—Usted es el señor Ogilvy —dijo Wilma.

El joven sonrió.

—Llámeme Dick, se lo ruego.

—Encantada. ¿Dónde está la dueña de la casa? Me han dicho que es extraordinariamente parecida a su madre…

—La señorita Hórpathy está ocupada en estos momentos. Más tarde tendrá mucho gusto en saludarla personalmente. Mientras tanto, habrá de permitirme que yo me ocupe de su comodidad. ¿Una copa, señora Brook?

Wilma le guiñó un ojo.

—Si quiere que le llame Dick, emplee usted también mi nombre —dijo—. Venga esa copa —añadió desenvueltamente.

Ogilvy condujo a la recién llegada a una salita, en donde sirvió un par de copas.

—Le agradezco mucho que haya venido, Wilma. Usted conoce los motivos —dijo.

Wilma le miró críticamente.

—Sólo en parte —contestó, evasiva.

—Usted, tengo la seguridad, está deseando librarse de un chantajista, que se ha aprovechado de cierta fotografía, en cierto modo comprometedora, para conseguir unas sumas de dinero nada pequeñas. ¿Me equivoco, Wilma?

—Acierta. —Ella lanzó de pronto una exclamación de furia—. ¡Ese maldito hijo de perra me ha costado ya siete mil libras!

—No está mal, aunque, ¿por qué pagó usted? Debería haberse negado…

Ella suspiró hondamente.

—Eso se dice más fácilmente que se hace —contestó—. La verdad, unas reuniones de amigas que empezaron de una forma

completamente amistosa, acabaron degenerando en un ritual estúpido y absurdo. Pero no comprendo cómo podíamos beber la sangre fresca de aquellas malditas gallinas…

—Las drogaban. Alguien ponía una droga en las bebidas.

—Nellie, seguro —acusó Wilma.

—Si hubiera sido Nellie, aún estaría viva.

—¿Lo cree así?

—No tengo la menor duda. Wilma, ¿cuál es su opinión personal de Renny Smith?

—Como hombre, un tipo encantador, varonil, apuesto. Como persona, el alcaloide de los canallas.

—No es mal calificativo. —De pronto, Ogilvy intuyó la verdad —. Apuesto a que ha vuelto a pedirle dinero.

—Dos mil, Dick.

—¿Qué le ha contestado usted?

Wilma apretó los labios.

—Me he negado a pagarle —dijo—. Pero tengo miedo.

—¿Por qué?

—Nellie y Louise y Sandra también se negaron… y murieron horriblemente asesinadas.

Ogilvy sonrió.

—Ya no debe sentir ningún temor —aseguró—. Renny no cometerá más asesinatos.

—¡Pero el asesino es ese loco escapado del manicomio…!

La puerta de la salita se abrió en aquel momento.

—Hola —saludó Liliana.

Wilma se volvió y lanzó un pequeño grito:

—¡Asombroso!

—Se parece a su madre, ¿verdad? —dijo Ogilvy.

—Es fantástico —murmuró Wilma—. Diríase que… que estoy viendo a su hermana gemela…

—Es una creencia muy común en algunas personas —dijo Liliana—. Pero lo cierto es que soy la hija de su antigua profesora de Historia del Arte en la Europa Central. ¿Cómo está, señora Brook?

Wilma estrechó la mano que le tendían.

—Pasmada —confesó.

En aquel momento, se oyó fuera el ruido del motor de un

automóvil.

—Alguien llega —dijo Ogilvy—. Voy a ver quién es.

Ada Cranner desembarcó del taxi en que había viajado hasta Elmbury House. Abonó el importe de la carrera y dejó que Robert se hiciera cargo de su exiguo equipaje.

—¿Se encuentra mejor, Ada? —preguntó Ogilvy.

—Un poco —respondió la recién llegada—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Por ahora, con toda normalidad. Apostaría algo —dijo Ogilvy mientras cruzaban el vestíbulo—, a que en los últimos tiempos, las peticiones de dinero de Renny se han hecho más apremiantes.

—Sí. ¿Quién se lo ha dicho?

Ogilvy sonrió, malicioso, a la vez que abría la puerta de la salita.

—Ahora podrá saludar a la hija de su antigua profesora —contestó evasivamente.

Denise y Mavis llegaron poco después, cada una en su coche y con distintos intervalos de tiempo, no demasiado diferenciados, sin embargo.

Mavis se sentía un tanto descontenta.

—No acabo de comprender qué vamos a ganar viniendo aquí —dijo—. ¿Acaso después de tantos años, van a leernos el testamento de la condesa?

—¿Quién sabe? —Contestó el joven—. Liliana, atiéndalas un momento, por favor.

Ogilvy abandonó la sala y dejó a las cinco mujeres juntas. Habló brevemente con Robert, se asomó un instante al salón donde se hallaba la estatua y luego dio una vuelta completa en torno al edificio, como si vigilase los alrededores.

Estaba seguro de que había alguien vigilándole, escondido en alguna parte, pero, en todo caso, no demasiado lejos de la casa. Fingiendo sentirse satisfecho, volvió a entrar y se encaminó directamente a la salita.

—Liliana, es la hora —anunció.

La muchacha se puso en pie y extendió una mano.

—Por aquí, si tienen la bondad —indicó amablemente.

Ogilvy aguardaba ya en la puerta del salón. Cuando vio que las invitadas se acercaban, abrió de golpe las dos hojas.

La estatua apareció bruscamente a los ojos de las cuatro

mujeres. Sonaron tres agudos chillidos.

Ogilvy mantuvo su expresión de seriedad, pero sonreía íntimamente.

Una de las cuatro mujeres no había aparentado el menor asombro al contemplar la estatua manchada de rojo y con la estaca supuestamente clavada en su pecho.

* * *

—Es una broma estúpida —dijo Mavis.

—¿Quién ha estropeado esa maravillosa obra de arte? —protestó Ada.

Wilma lanzó un bufido:

—Hay gente con la mente menos retorcida de lo que debería tener su pescuezo.

Denise permaneció silenciosa. Ogilvy movió una mano.

—Entren, entren, por favor —rogó.

—Dick, me gustaría saber de una vez en qué va a parar todo esto —exclamó Wilma.

—También a mí —dijo él precisamente por eso mismo, las he reunido en esta casa, aunque, por supuesto, no se va a sacrificar una gallina.

—He llegado a detestar el color rojo —declaró Ada.

Ogilvy señaló las sillas que había en torno a una larga mesa.

—¿Por qué no se sientan? —sugirió—. Estarán más cómodas.

—Lo que queremos es acabar cuanto antes —dijo Denise.

—En cierto modo, eso es algo que no depende de mí, aunque sí creo, modestamente, que el hecho de haberlas invitado a venir a Elmbury House, va a salvarles la vida.

—Tipo presuntuoso —le apostrofó Wilma—. ¿Cómo puede afirmar una cosa semejante?

—No tardaremos mucho en saberlo —respondió el joven—. Mientras tanto, ¿por qué no hablamos otra vez de aquellas reuniones de siete amigas, todas ellas jóvenes, hermosas, con bastante dinero… y libres, bien por soltería, viudez o divorcio? ¿No les gusta que recuerden esos pasajes de su vida?

—Las reuniones empezaron bien, pero acabaron mal —gruñó Denise—. Y yo me siento arrepentida de lo que hice.

Mavis se encogió de hombros.

—A estas alturas, ya no me importa —dijo.

Wilma se sentó desenvueltamente en el borde de la mesa.

—¿Qué es lo que desea saber de aquellas reuniones? —exclamó—. Bien, era cosa de siete amigas, a decir verdad, un tanto aburridas, que procuraban cada tanto tiempo salir de su rutina habitual. La cosa se estropeó un poco con los sacrificios, pero, vamos, tampoco era un crimen, creo yo.

—Y, sin embargo, opino que les gustaría, en cierto modo, desquitarse del hombre que las ha estado chantajeando durante estos últimos tiempos —dijo Ogilvy.

—No estaría mal —refunfuñó Denise—. Hemos sido unas tontas de marca.

—Antes de seguir adelante, me gustaría saber qué significa ese palo clavado en el pecho de la estatua —dijo Ada.

—No es una broma mía o de la señorita Hórpathy —contestó Ogilvy—. Alguien entró subrepticiamente en la casa durante la noche y realizó el truco que yo denomino de «la estatua asesinada».

Mavis se estremeció.

—Tuvo que ser Bezthan, no cabe duda —murmuró.

—¿Por qué él y no otro?

—Bezthan es el que asesina a la gente clavándoles una estaca en el corazón.

—Egbert Dyles no murió de esa forma, Mavis.

La mujer se encogió de hombros.

—No tuve el honor, o el disgusto, de conocer a ese pobre Dyles —manifestó secamente.

Wilma golpeó en una copa con la sortija de su mano izquierda, a fin de llamar la atención de los presentes.

—Habíamos quedado en que íbamos a hablar de nuestras reuniones —exclamó—. ¿Qué es lo que quiere saber, Dick?

—Sólo una cosa, Wilma: el nombre de la persona que ponía en sus bebidas la droga alucinógena que les hacía sacrificar una gallina y beberse su sangre.

—No lo sabemos —dijo Ada.

—Quizá Mavis pueda decirnos algo al respecto. Y Nellie, si viviese, también —expresó Ogilvy con acento calmoso.

CAPÍTULO XI

El gesto de Mavis se endureció, observó Liliana, que espiaba cuidadosamente las menores reacciones de sus invitadas.

—Yo no sé nada —declaró hoscamente la aludida.

—Resulta curioso —comentó Ogilvy—. Es usted la única que ha asistido a los entierros de sus tres amigas, asesinadas. Sandra también, acudió en una ocasión, pero después tuvo que ir a su propio entierro. Mavis, ¿qué esperaba usted obtener de todo esto?

—¿Me acusa de asesinato? —gritó la mujer.

—No directamente, aunque sí de complicidad. Claro que no tengo pruebas, pero es posible que alguien nos las proporcione dentro de muy poco. Mavis, usted tiene buenas dotes de actriz, consiguió engañarme casi perfectamente, mientras hacía sus protestas de inocencia y arrepentimiento.

Wilma frunció el ceño.

—Dick, ¿por qué no habla claro de una vez? —solicitó.

En aquel momento, sonaron unos nudillos en la puerta, Liliana en persona abrió.

Robert apareció, con el carrito del té. Liliana sonrió y dijo:

—Yo lo serviré, Robert.

—Sí, señorita.

—Mientras nuestra hermosa anfitriona sirve el té, Dick, ¿por qué no contesta a la pregunta que le hice antes? Es decir, hablar claro —insistió Wilma.

—Hablar claro es uno de los principales motivos de nuestra reunión —contestó el joven—. Y esta reunión tiene como origen otras que se celebraban en casa de Nellie McCann, en donde siete mujeres bebían sangre de animal, como una especie de rito deliberadamente provocado por alguien que de este modo podría presionar luego sobre ellas, para sacarles dinero. Naturalmente, ese

alguien era ayudado primero por una de las compañeras de colegio y luego por otra, y ambas lo hicieron por amor. ¿Me equivoco, Mavis?

La aludida tenía los labios prietos. Ada le dirigió una mirada hostil.

—Mavis, si lo que dice el señor Ogilvy es cierto, tendremos que pensar que traicionaste nuestra amistad —manifestó.

—A mí no me extraña en absoluto —declaró Wilma—. Incluso se aprovecharía del dinero que Renny nos sacaba…

—No lo creo. Mavis obraba por amor, simplemente, como Nellie y como Sandra, que instaló la cámara —dijo el joven.

—Encuentro extraño que Renny no estuviese presente en el entierro de Nellie —dijo Denis—. Señor Ogilvy, ¿a qué cree usted se debe esa falta de cortesía, por no calificarla de otro modo?

—Si Renny era el inductor del crimen, es decir, el asesino moral, no podía hacer acto de presencia en la fúnebre ceremonia. Le convenía, opino yo, pasar lo más desapercibido posible. Pero ya estuvo Mavis, en representación suya.

—Como cuando el jefe del gobierno envía a uno de sus ministros a representarle en la botadura de un barco —rió Wilma.

—Aproximadamente igual —convino el joven—. Vamos, Mavis, ¿por qué no lo dice todo de una vez?

—No tengo nada que hablar —contestó la aludida hoscamente.

—Entonces, tendré que hacerlo yo. Simplemente, Renny hacía chantaje a varias mujeres de las siete que componían el grupo, aprovechándose del rito de la sangre bebida, acto que había sido plasmado en una fotografía, con la complicidad primero de Nellie y luego de Mavis, las únicas, pese a lo que se diga, que no entregaron dinero al chantajista. Pero, después de tanto tiempo, las cinco extorsionadas, incluida Sandra, acabaron por darse cuenta de que Renny era una especie de pozo sin fondo, por lo que acordaron negarse a seguir pagando.

»Entonces fue cuando Renny decidió intimidarlas, para continuar explotando aquella fuente de libras esterlinas que amenazaba con secarse. Precisamente, el rito de la gallina sacrificada tenía un origen claramente definido; Renny no buscó otro pretexto para extorsionarlas a ustedes, sino ése precisamente, porque contaba con la colaboración del doctor Bezthan, fanático

enemigo de todo lo que oliese a vampirismo. Le ayudó a escapar del manicomio y le protegió y hasta ayudó en sus crímenes. Incluso diría que el propio Renny fue el que construyó las estacas y el que proporcionó a Bezthan la ballesta qué las disparaba, cuando no podía entrar en persona en la casa de su presunta víctima. Alguna de ustedes volvieron a pagar, después de que murió Nellie, ¿no es así?

Wilma asintió ceñudamente.

—Después de aquello, ¿quién no pagaba? —murmuró.

—Louise y Sandra, probablemente, tomaron a broma las amenazas de Renny. Y por no pagar, murieron. Porque a Sandra, a pesar de todo, también le sacaba dinero.

—¿Por qué murió Nellie? —inquirió Ada.

—Casi seguramente, porque se debía de mostrar demasiado «pegajosa», demasiado absorbente y, aunque no le conozco, tengo la sensación de que Renny es bastante voluble. Tiene éxito con las mujeres y ello hace que no le guste sentirse obligado o encadenado definitivamente con una sola.

Ogilvy miró sucesivamente a las cuatro mujeres. Todas enrojeciendo, admitieron en silencio la implícita acusación del joven.

De pronto, Liliana observó que Ogilvy miraba con el rabillo del ojo hacia la puerta situada al fondo, no lejos de la estatua, Liliana se sintió repentinamente aprensiva, aunque procuró mantener la serenidad.

¿Había alguien al otro lado de la puerta?

—Muy posiblemente, Nellie se había enterado de que Renny la traicionaba y quiso acabar con tal estado de cosas. Incluso puede que le amenazase con delatarle, pero esto, como es lógico, no lo podía permitir Renny. Por eso el pobre doctor Bezthan mató al segundo de sus vampiros. El primero, como todas recordarán, fue la condesa.

—Y las otras murieron por negarse a pagar —dijo Wilma.

—Exactamente. Renny quedaba siempre libre de toda acusación; era el doctor quien cargaba con todas las culpas. Pero Renny le ayudaba, le protegía, le escondía y le señalaba sus víctimas, indicándole, además, la mejor forma de atacarlas.

—En su razonamiento hay un punto débil, Dick —exclamó Ada

—. Bezthan estuvo aquí por segunda vez y mató a Mildred Parsons.

—En primer lugar, se confundió de habitación. Y, en segundo, es posible que no viniese por propia iniciativa, como pueda parecer. No debemos perder de vista el hecho de que la condesa dejó escrito una especie de testamento, aparentemente, en favor de siete antiguas discípulas, pero, también, para evitar que otra persona se quedase con algo de gran valor que hay en esta casa. En resumidas cuentas, Renny envió al doctor Bezthan a matar a la hija de la condesa.

—¿Qué es lo que hay de valor en esta casa? —preguntó Denise.

Ogilvy no pudo contestar. La puerta del fondo se abrió bruscamente.

Un hombre de mediana edad, carilleno, vestido con ropas arrugadas y que le estaban grandes, apareció a la vista de las seis personas congregadas en el salón.

—¡El doctor! —chilló Ada.

Liliana retrocedió un paso. Ogilvy se sintió intrigado por la singular expresión que aparecía en la cara del médico.

Bezthan extendió una mano acusadora hacia las mujeres.

—Vam… pi… ros… —jadeó.

Y, de súbito, se vino de bruces al suelo.

Sonaron algunos gritos atroces. Ogilvy sintió que se le ponían los pelos de punta al ver la estaca de madera, profundamente hincada en la espalda de Bezthan.

* * *

Liliana se mareó. Denise rodó de su silla al suelo.

Wilma se apeó de un salto de la mesa en qué estaba sentada y corrió hacia el aparador.

Llenó una copa y le vació de un trago.

Mavis pronunciaba palabras ininteligibles. Ogilvy, tras los primeros momentos de lógico asombro, avanzó hacia la puerta tras la que había estado el doctor.

La puerta daba a un corredor que conducía a otras habitaciones de la planta baja. El corredor estaba desierto.

—Se… será preciso avisar a la policía —dijo Ada con voz trémula.

—Por ahora, no es necesario —declaró Ogilvy—. El hombre que

ha matado a Bezthan no tardará en aparecer.

Wilma lanzó un chillido.

—¿Se refiere a Renny?

—Sí. —Ogilvy se volvió hacia Liliana—. ¿Tiene ahí el revólver? —pidió.

La muchacha fue a un aparador, sacó el arma y se lo entregó.

—Ahora estamos más seguros —dijo Ogilvy.

Puso el arma en la pretina de los pantalones y se acercó a una de las cortinas, que arrancó de un tirón. Cubrió el cadáver de Bezthan con la tela y meneó la cabeza.

—Pobre hombre —dijo—. Ha muerto de la misma forma que él mataba.

—Era un loco, un sádico…

Ogilvy se volvió hacia Ada, que era quien acababa de hablar.

—Hubiera curado —manifestó—. Los médicos dijeron que ya estaba notablemente aliviado de sus obsesiones. Pero alguien se encargó de reactivarlas, por decirlo de algún modo.

—¿Renny?

—No podía ser otro.

Ada se cubrió la cara con las manos.

—Nunca me arrepentiré lo suficiente de haber conocido a ese monstruo de maldad —dijo—. Creo que es mil veces peor que Bezthan…

—Tal vez Mavis pueda decirnos algo al respecto, ¿no es así?

Los ojos de la mujer aparecían extraviados por el espanto. De súbito, lanzó un ronco grito y echó a correr hacia la puerta.

Abrió de golpe. En el mismo instante, se oyó una especie de zumbido y un sordo choque.

Un horrible alarido brotó de los labios de Mavis. La mujer retrocedió, tambaleándose espantosamente. Liliana creyó que iba a desmayarse, cuando vio aparecer en su pecho una estaca de madera, análoga a la que había causado la muerte del doctor Bezthan.

El rostro de Mavis estaba contraído por una mueca de dolor indescriptible. De pronto, giró en redondo y cayó de bruces.

Se oyó un ruido horripilante. La estaca de madera, al golpe, terminó de atravesar el cuerpo de Mavis y salió medio palmo por la espalda. Las piernas de la mujer se agitaron todavía un poco; luego,

se quedaron quietas definitivamente.

CAPÍTULO XII

Ogilvy reaccionó con presteza.

—Al rincón —señaló con la mano el situado en el punto más alejado de la puerta—. Vayan todas al rincón.

La orden fue obedecida instantáneamente. Las cuatro mujeres se agruparon, apretujándose unas contra otras, todas ellas invadidas por un pánico espantoso.

—Liliana, ahí tiene el atizador de la chimenea —indicó el joven —. Puede servirle como arma.

La muchacha hizo un signo de asentimiento, Ogilvy salió de la estancia y corrió hacia las habitaciones posteriores.

Robert yacía en su cama, sin sentido, a causa de un golpe recibido en la cabeza. Ogilvy comprobó que el criado no había sufrido mayor daño y siguió hasta la cocina de la que salió instantes más tarde.

La puerta principal estaba entreabierta. Ogilvy actuó con naturalidad y la cerró con doble vuelta de llave.

Luego regresó al salón.

—No teman —dijo—. Ni siquiera cuando aparezca Renny.

—Pero ¿va a venir? —preguntó Ada temerosamente.

—Está dentro de la casa.

Denise lanzó un chillido de terror y cayó desmayada al suelo. Wilma abrió su bolso y empezó a retocarse la boca con un lápiz de labios.

—Al menos, que me encuentre atractiva —dijo.

Liliana miró al joven.

Ogilvy sonrió.

—Valor —murmuró.

Pasaron algunos segundos. El silencio era absoluto.

De pronto, se oyeron unos pasos en el corredor del fondo.

Alguien se acercaba lentamente, sin prisas, seguro de sí mismo.

La elevada silueta de un hombre moreno, de rostro tostado y atlética figura, apareció a la vista de todos los presentes.

—Hola —dijo el recién llegado, sonriendo de un modo singular.

Ogilvy contempló la ballesta que el hombre moreno tenía en las manos. El arma estaba cargada con una de aquellas temibles estacas de madera. Bastaría soltar la muesca del retén, para que el proyectil volase mortíferamente hacia su blanco.

—Renny, ¿quién es su siguiente víctima? —preguntó Ogilvy, sin perder la serenidad.

—Usted —contestó el asesino.

Ogilvy volvió la vista unos segundos hacia el inmóvil cuerpo de Mavis.

—Ha pagado muy caro el amor que sentía hacia usted y que la impulsó a traicionar a sus amigas —dijo.

—Yo no quiero a nadie más que a mí mismo —declaró Renny.

—Se adivina fácilmente —sonrió Ogilvy—. Apostaría algo bueno a que sé por qué ha venido a Elmbury House.

—Al fin lo he adivinado. Me ha costado bastante tiempo.

—Y mucha sangre, Renny.

—Eso no tiene importancia ahora. ¡Pobre Mavis! —Renny suspiró hipócritamente—. Ella fue la que me dio el mensaje total.

—Ese mensaje que se refiere a una mujer hermosa, pero con la cabeza vacía.

—Justamente.

—Y para obtener lo que usted tanto ansía, no dudará en destruir su propia obra de arte, ¿no es cierto, Dino Castellani, alias Renato Fizzi, alias Renny Smith?

Liliana emitió un gritito de sorpresa. Las otras mujeres no se sentían menos asombradas de las palabras que acababan de escuchar.

—Dick, ¿ese hombre es Fizzi? —preguntó la muchacha.

—El mismo —corroboró Ogilvy—. Vea, ni siquiera intenta negarlo.

—Castellani era un seudónimo artístico. Sonaba mejor que Fizzi —explicó el asesino.

* * *

—Tiene un sonido repulsivo —dijo la muchacha.

Renny lanzó una risita.

—Todo es cuestión de puntos de vista —respondió—. Liliana, eres el vivo retrato de tu madre. Lástima que, seguramente, pensarás también como ella. Al menos, en lo que a mí se refiere.

—Ella no quiso nunca ser su esposa. Por eso ordenó a Bezthan que la asesinara.

Fizzi hizo un gesto con la cabeza.

—Bezthan era un tipo desequilibrado. Su esposa falleció de anemia hace muchos años.

Nunca tuvo la mente muy firme y empezó a decir que había sido un vampiro el causante de la muerte de su mujer. Era de origen húngaro y, pese a su cultura médica, seguía creyendo aún en ciertas leyendas vampíricas. Parece ser, y no fui yo, que alguien, en cierta ocasión, mencionó el apellido Hórpathy como perteneciente a una distinguida familia húngara, algunos de cuyos miembros, hace algunos siglos, se habían dedicado al vampirismo. La esposa de Bezthan murió poco antes y ello le desequilibró más todavía.

Entonces, fue cuando vino aquí y mató a la condesa.

—Más tarde, cuando usted pensó en extorsionar a siete mujeres, se aprovechó de esa debilidad mental del doctor para hacerle cometer esos crímenes, con los cuales pensaba intimidar a las que se negaban a seguir sufragando gastos. Porque, como escultor, no parece que haya progresado mucho, Dino Castellani.

—¡El mundo no quiere reconocer mis méritos! —gritó furioso el sujeto.

—Tal vez es que usted ha preferido dedicarse mejor a la doce vita que al trabajo constante, que le habría reportado sin duda fama y dinero. Pero eso importa poco ahora.

Lo más interesante, creo, es que nos aclare la muerte de Dyles.

Los ojos de Fizzi brillaron de un modo extraño.

—No sé cómo, ese sujeto averiguó que yo había tenido algo que ver con las muertes que ya se habían producido. Tal vez lo sospechó y quiso hacerme chantaje. No estaba dispuesto a darle dinero ni mucho me nos a que me estorbase en mis planes.

—Y grabó una serie de ladridos y preparó un arma horrible…

—No estuvo tan mal, después de todo. —Fizzi se echó a reír—. En la aldea aún tiemblan de miedo al recordar aquella noche.

—Es probable. Pero ¿por qué no nos dice de una vez qué significa el mensaje que la condesa dejó a siete antiguas discípulas?

—Hace algún tiempo, la estatua se cayó de su pedestal y la cabeza se separó del tronco y se rompió en varios fragmentos. Leonora me pidió que la reprodujese. No tenía mármol, así que tuve que hacerla en escayola.

—Hueca —adivinó Ogilvy.

—Sí. Entonces, no supe que esa cabeza vacía podía servir para esconder algo de valor. Cuando, tuve en mis manos el mensaje completo, lo comprendí, todo.

—Quizá usted buscaba lo que ha llamado «algo de valor», más que la belleza de la condesa.

—Es cierto. —Fizzi sonrió—. Y lo tendré hoy mismo.

—¿Después de matarnos a todos?

—Usted, el primero. Ya lo he dicho antes.

Fizzi levantó la ballesta. Ogilvy permaneció inmóvil.

La pesada saeta partió hacia su blanco. Liliana chilló.

Pero, ante el asombro de los presentes, Ogilvy no sólo no cayó, sino que continuaba sonriente, después de que la estaca hubiese rebotado en su pecho.

Fizzi, atónito, le contemplaba sin saber qué había ocurrido. Calmosamente, Ogilvy se desabrochó la chaqueta y la camisa y enseñó una bandeja de metal, en cuyo centro se veía una leve abolladura.

—Contra las saetas, blindaje —dijo, sonriente.

Un atroz rugido de rabia sonó en la estancia. Enloquecido, Fizzi se arrojó contra el joven, pero Ogilvy le golpeó en la frente con la bandeja.

Se oyó un sonido metálico. Fizzi se tambaleó. El joven disparó su puño derecho, poniendo el máximo de potencia en el golpe.

Fizzi retrocedió con violencia y chocó contra la estatua, que cayó al suelo. Al golpe, la cabeza de escayola, tan hábilmente unida al resto del cuerpo, que nadie había advertido jamás la diferencia, se rompió en mil pedazos.

Una cascada de luces de todos los colores apareció ante los ojos de los presentes.

Liliana lanzó un grito:

—¡Las joyas!

—Sí, ahí están —sonrió Ogilvy.

Fizzi había perdido el sentido. Ogilvy se inclinó sobre él y le quitó un revólver que tenía escondido en la pretina de los pantalones.

De repente, Ada se acercó al caído. Ogilvy vio que la mujer tenía en las manos la estaca de madera que no había conseguido su blanco.

—Me engañaste. No te lo perdonaré jamás —dijo Ada, con ojos extraviados.

—¡Quieta! —gritó Ogilvy, a la vez que avanzaba hacia ella.

Unas manos le empujaron con violencia, haciéndole trastabillar.

—Déjela —exclamó Wilma—. Tiene derecho a su venganza.

Fizzi abría los ojos en aquel momento. Un grito horripilante brotó de sus labios al ver que la estaca descendía implacable hacia su pecho.

El palo se clavó unos centímetros tan sólo en la carne. Pero Denise, súbitamente, usó el pie para hundir aún más la estaca. Luego, Wilma hizo algo parecido, Fizzi se contorsionó horriblemente, aulló de un modo atroz y luego se quedó quieto.

* * *

La secretaria anunció a Ogilvy que tenía una visita.

—Hágala pasar —contestó el joven, a través del interfono.

Liliana entró en el despecho. Ogilvy contempló embobado aquella radiante visión de juventud y belleza.

—Traigo algo para usted, Dick —manifestó la muchacha.

Ogilvy contempló con asombro la artística sortija, en la que lucía un rubí del tamaño de un garbanzo.

—Es demasiado —dijo.

—Todo es poco para el hombre que me salvó la vida y me hizo recuperar las joyas de mi madre. —Liliana sonrió—. Y, además, me ha permitido recobrar la paz y la tranquilidad.

—Eso vale más que todas las joyas del mundo —murmuró él.

—He vendido Elmbury House. Aquella casa tiene demasiados recuerdos malos para mí.

Voy a comprar otra en un lugar distinto y mucho más lejos. ¿Por qué no me ayuda a buscarla, Dick?

—Bueno, yo…

—No ponga el pretexto del trabajo. Hoy es viernes. Anímese y empiece ahora mismo su fin de semana.

Ogilvy sonrió.

—No es mala idea —convino, a la vez que cerraba el pesado libro de cuentas que tenía sobre la mesa.

—Voy a hacer que un buen abogado defienda a esas tres pobres mujeres —declaró la muchacha—. No está bien lo que hicieron…, pero es preciso comprender que Fizzi se burló de ellas de un modo horrible. Y, además, quería matarlas…

—Sospecho que Fizzi no tenía la mente muy sana —murmuró Ogilvy pensativamente—. Era un hombre ávido de dinero, a cualquier precio, aunque fuese a costa de las vidas ajenas.

—Sí, lo que hizo sólo puede explicarse pensando en una mente retorcida. —Los claros ojos de la muchacha sé posaron en el rostro de Ogilvy—. Dick, ¿crees que yo soy un vampiro? —preguntó, un tanto aprensiva.

Ogilvy se echó a reír, Se acercó a Liliana y la estrechó entre sus brazos.

—La clase de vampiros a la que tú perteneces no gusta de la sangre humana —dijo.

—No entiendo…

—Bueno, lo que quiero decir es que me has sorbido el seso —aclaró él.

Liliana lanzó una jubilosa carcajada.

—Es lo que yo quería saber —exclamó.

Ogilvy la besó tiernamente.

—No eres un vampiro, sino una muchacha encantadora, que muy pronto se va a convertir en mi esposa —dijo.

Ella suspiró.

—Cuanto antes, mejor, Dick —solicitó.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.